

Tito mira con extrañeza el mundo de los adultos. Mientras ellos viven sus vidas, él solo quiere lograr la victoria con su equipo de fútbol. Pero para eso hay que recorrer un largo camino.



# Tito

Marcelo Simonetti

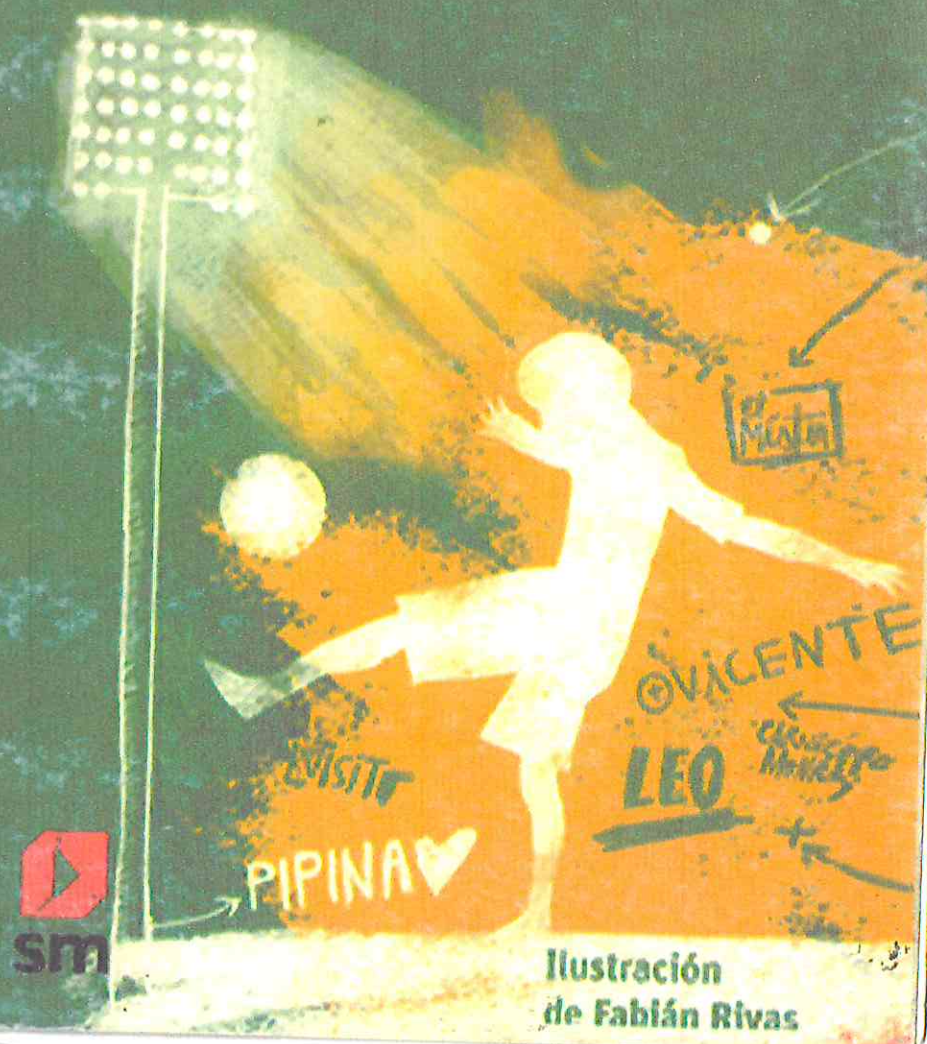


Ilustración  
de Fabián Rivas



**Tito**

Ilustración de portada: Fabián Rivas H.

Dirección literaria: Sergio Taninnuz P.  
Edición: Paula Peña R.

Dirección de arte: Carmen Gloria Robles S.  
Diagramación: Roberto Peñailillo F.  
Producción: Andrea Carrasco Z.

Primera edición: agosto de 2013.

© Marcelo Simonetti U.  
© Ediciones SM Chile S.A.  
Coyuncura 2283, oficina 203,  
Providencia, Santiago de Chile.

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Teléfono: 600 381 13 12  
Correo electrónico: chile@ediciones-sm.cl

Página web: [www.ediciones-sm.cl](http://www.ediciones-sm.cl)  
Facebook: [www.facebook.com/edicionesSMChile](http://www.facebook.com/edicionesSMChile)  
Twitter: @Ediciones\_SM

Registro de propiedad intelectual: 231.436  
Registro de edición: 231.438  
ISBN: 978-956-349-508-9

Impresión: Quadgraphics Chile S.A.  
Av. Gladys Marín Millie 6920, Estación Central

impreso en Chile / Printed in Chile

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

R015CH

*Para mis queridos hijos, Bruno y Vicente,  
aunque le hayan pegado a la pelota  
con la elegancia de un elefante.*

JUEVES

Los adultos son unos animales extraños: se besan en la boca, se pasan la vida trabajando y nunca tienen tiempo para jugar. Me gustaría saber qué tienen en la cabeza. El Vicente dice que nada. Y yo sospecho que es así, que con los años la cabeza se les vacía. Mi mamá es distinta, claro. No anda besuqueándose y juega muy bien a las bolitas y al runrún. También a un juego antiguo de computador que se llama Space Invaders.

El Vicente me dice que a lo mejor mi mamá es extraterrestre porque tiene los ojos muy claros, casi como de agua, y eso no es normal. Yo también lo pienso a veces porque de adónde va a ser tan buena para el Space Invaders. Y él me dice que, por ahí, una noche despierto y descubro que tengo un superpoder heredado de mi mamá: como que puedo ver en la oscuridad igual que si fuera de día o que me lanzo por una ventana y soy capaz de volar.

Yo le digo que eso pasa en las películas nomás.  
Y el Vicente me mira como queriendo decirme  
que yo no sé nada de la vida.

#### SÁBADO

La vida de los niños también es extraña. Son tantas las cosas que uno quisiera hacer y tantas las reglas y las prohibiciones, que hay días en que pienso que alguien tuvo un despiste cuando decidieron inventar el mundo. A mí siempre me ha gustado saber por qué ocurren las cosas: ¿por qué vuelan los aviones?, ¿por qué los cuerpos flotan?, ¿por qué los planetas son redondos y no cuadrados o rectangulares? Y aunque hay muchas de estas cosas que he ido descubriendo, hay otras que por más que quiera no puedo saber. Ayer, por ejemplo, se fue el señor Marambio y nadie supo por qué. Lo vimos cuando sacaba sus cosas de la sala de profesores. Ni siquiera se despidió de nosotros. El Vicente está seguro de haberle visto unas lágrimas que se le caían de los ojos, y yo le creo porque tiene una vista de lince. Lo más terrible no es que se fuera sin dar explicaciones, sino el hecho

hecho de dejarnos como náufragos en la mitad de un lago. Sencillamente no lo puedo entender.

Él era nuestro entrenador. El DT de Los Ángeles Rojos. Ya no.

Los rumores no han hecho más que empeorar las cosas.

Gutiérrez dice que le van a pasar el equipo al Colorado Fernández, que sufre de mal aliento y, cuando se enoja, salpica saliva casi a cien metros a la redonda. Osorio está seguro de que asume el señor Smith, que de fútbol sabe tanto como de astrofísica. Y alguien escribió en el pizarrón que el equipo lo iba a tomar Harry Potter, el cocinero de la escuela —le dicen así porque tiene una cicatriz que le cruza la frente—, a quien odiamos por su maldita manía de hacer todos los lunes intestinos de vaca con salsa.

La vida a veces puede convertirse en una pesadilla.

#### DOMINGO

Hoy, el Vicente me pasó a buscar temprano para irnos a la casa de su primo, el Bruno. El Bruno tiene un televisor gigante que su papá trajo del



Japón. Es como estar en el cine pero en tu casa, y la mamá del Bruno siempre nos tiene cosas ricas: alfajores, panqueques, galletitas de amor. Lo mejor de todo son los vasos gigantes de leche con plátano. El Vicente dice que debemos tener cuidado porque con tanta leche con plátano corremos el riesgo de convertirnos en monos y eso no sería bien visto entre nuestras amistades.

El televisor ya estaba encendido y el Bruno figuraba con la camiseta del Lio Messi. Creo que su papá nació allá, en Buenos Aires, y por eso en su casa hay tantas cosas argentinas: un mate, un bandoneón, discos de tango y una foto grande de una señora rubia, linda y elegante, que parece que fue muy importante por esos lados. Bueno, por eso también el Bruno lleva puesta esa camiseta. Nosotros, en cambio, tenemos la del Alexis. Nunca lo hemos dicho abiertamente, pero el Vicente y yo queremos ser como él, como el Alexis; si hasta hemos sacado cuentas, y si nos llega a ir bien y él no es vendido ni al Manchester ni al Milan, es probable que lleguemos a jugar juntos en el Barcelona. Claro, pero primero tenemos que ganarles a los de la Escuela A-66 y luego a los Sagrados Corazones y a los del Instituto, aunque sin entrenador va a ser más difícil que pasar el examen de Lenguaje con Sempiterno Muñoz.

Y eso sí que va a costar.

El juego es simple y hasta entretenido. Si incluso lo practicamos ayer, una vez que festejamos el triunfo del Barcelona con una anotación del Niño Maravilla. El gol del Alexis fue bacán, bonito, brígrado, nuclear: una joyita. Mi mamá nos explicó que poner adjetivos era como vestirse. Las palabras pueden vivir desnudas, pero siempre será mejor vestir las como pasa con hombres y mujeres. Vicente y yo nos miramos y luego de pensar en la desnudez de la señora Efigenia, a quien sorprendimos una vez en calzones y sostén, no nos quedó más remedio que asentir. Un perro puede ser solo un perro, pero será mejor que sea un perro lindo, limpio e incluso bravo. Una casa puede ser solo una casa, pero los que ahí viven agradecerán que sea grande, blanca, hermosa.

Los verbos son más difíciles.

Mi mamá nos explicó que los verbos son las cosas que uno hace: correr, saltar, comer, reír. Y a nosotros nos quedó superclaro, pero después el asunto se nos empezó a enredar porque el Vicente dijo que uno también hacía maldades, burradas y hasta caca, y entonces nos dimos cuenta de que los verbos podían ser cualquier cosa.

A los sustantivos no llegamos porque la cabeza se nos empezó a caldear.

Me he convencido de que es bueno estudiar, pero hay días en que existen cosas más importantes. Y esta tarde nuestras manos pedían con urgencia una dosis de PlayStation. Aprovechamos que mi mamá había salido a trabajar y jugamos un partido de larga duración. Empatamos a 8 y el Vicente me ganó en la definición a penales. Él jugaba con el Barcelona; yo con la 'U'.

#### MIÉRCOLES

No sé si es premonición o premunición, lo cierto es que cuando escribí el otro día que la vida puede convertirse en una pesadilla suponía que algo aún más malo podía pasar. Fue como si hubiera visto esos nubarrones en el horizonte y en cosa de minutos, ¡chan!, el agua hubiera empezado a caer como acabo de mundo. Mi mamá me miraba hacía rato con una cara de le-di-go-o-no-le-di-go. Y yo, como siempre, me había hecho el de las chabras. Hasta que se atrevió y me la soltó. "Uno de estos días va a venir un amigo. Se llama Leo. Va a tomar el té con nosotros...". No dijo más.

O mejor dicho, no pudo decir más. Salí corriendo como si fuera Usain Bolt. A los gritos le dije que tenía una urgencia. Y me encerré en el baño. Y la frase se repetía en mi cabeza. Me di cuenta de que no usó adjetivos... Y no supe si eso era bueno o malo. Mi mamá llegó a los pocos minutos y, del otro lado de la puerta, me preguntó si me sentía bien. Le dije que la leche con plátano me había caído mal. No sé si se la creyó, pero no volvió a insistir con lo del amigo ese. No es que yo no quiera que tenga amigos, pero cuando dijo 'un amigo', me pareció que lo decía de otro modo... Ojalá sean solo ideas mías, ojalá.

#### JUEVES

Los temores más terribles se cumplieron. El equipo lo tomó el Colorado Fernández y aunque parece saber algo de fútbol, porque nos habló de un sistema que inventaron los italianos para que no les hicieran goles y que se llama algo así como el catenaccio, escuchar sus instrucciones es un suplicio chino. Si así huele de vivo, nos imaginamos cómo habrá de oler una vez que muera. El Vicente tiene una teoría: asegura que Fernández, además de oler



como huele, debe ser ciego porque de otro modo habría visto el cartel publicitario que hay en la plaza y que dice: "Una boca feliz para una vida feliz, Odontine". Ciego o no ciego, tuvimos que hacer de tripas corazón en el camarín, también en la cancha, de donde rescatamos un digno empate sin goles.

"Aún hay patria, ciudadanos", dijo el Bruno, en una frase que según él profirió uno de los doce apóstoles.

#### VIERNES

La profesora de biología comenzó a hablarnos de los genes y de cómo la gente es lo que es por culpa de los genes. Si tu pelo es rojo o tus ojos son achinados, es culpa de los genes; si no tienes cuello o tus orejas son como de elefantes, también es culpa de los genes. El Vicente se compadeció del Perro Elizalde, que tiene pelo hasta en las manos, y por solidaridad con él y con las hermanas Mendieta, dos pájaros con jumper, hizo correr una lista en la que, los abajo firmantes, así decía, repudiábamos la tiranía de los genes. El papá del Vicente fue dirigente de un partido político y de vez en cuan-

do se le asoma la veta social. Eso también debe ser por los genes, le dije yo, y entonces les pidió a los otros que le devolvieran la lista, no fuera a ser cosa que por esa carta él iba a dejar de ser el espejo de su padre para convertirse en el vivo retrato del Colorado Fernández o de Harry Potter. Desde entonces que anda diciendo eso de que los hombres son uno y los genes que le tocaron en la repartija.

#### DOMINGO

El otro día le pregunté a mi mamá cómo era mi papá. "¿Por qué quieres saber?", me dijo. Y yo le conté lo que nos había hablado la profesora de biología y luego le dije que quería saber cuánto tengo de él, sobre todo porque a veces los nietos heredan las características de sus abuelos y no sus hijos. Y por un momento imaginé a los nietos del Perro Elizalde convertidos en unas bolas peludas llorando en la mitad de una cuna celeste. A mi mamá no le gusta mucho hablar de mi papá. Dice que los papás están al lado de sus hijos y que el mío nunca estuvo ni ha estado. A mí eso me duele un poquito. Pero un poquito nomás. Habrá tenido sus motivos,

digo yo. Lo peor de todo es que no hay ninguna foto suya. El Vicente me ha dicho que quizá mi papá era muy feo. Me lo ha dicho sin querer ofender. Y luego me ha explicado que ser feo no es algo de lo que haya que avergonzarse. Y que en el caso de que te dé vergüenza, cuando grande puedes arreglarte entero si quieres, como su tía Javiera que se cambió la nariz, los ojos y las pechugas, aunque el resultado no haya sido, lo que se dice, un éxito.

Esas son cosas que nunca voy a entender del mundo de los adultos.

Hay noches en que sueño que me convierto en uno de ellos y entro a la clínica y salgo transformado en un ser horrendo, irreconocible, con la boca entre los ojos, una oreja en el mentón y la otra sobre la cabeza.

Le he dicho a mi mamá que me diga por lo menos una cosa. "¿Qué cosa?". "¿Mi papá era muy feo?", le he preguntado. Y ella me ha dicho que no, que ni siquiera era feo. Y eso ha sido un gran alivio. Si llego a casarme y tener hijas, por lo menos sé que no voy a invertir en cirugías.



Sempiterno Muñoz es, para muchos de nosotros, la encarnación del mal. Le tememos. Yo no sé muy bien cómo es que el miedo se te mete en la piel, pero es cosa de verlo entrar a la clase llevando bajo el brazo cientos de libros, y un silencio de cementerio se apodera de la sala. Y cuando nos saluda con ese tono de rey de los hunos, apenas respondemos con un hilo de voz. Se permite una sonrisa maléfica antes de comenzar la clase, sabiendo tal vez que, en las dos horas que tiene por delante, nos hará sudar frío.

Sempiterno Muñoz suma una larga lista de compañeros caídos en el cumplimiento de su deber. Yo sentí mucho que dejara repitiendo a Pokémon Martínez, a los mellizos Bellolio y a la Martita Ott, a quienes quería casi como hermanos.

El Vicente dice que estudiar es como ir a la guerra, porque en el camino haremos grandes amigos y a muchos de ellos no los volveremos a ver.

O bien, en el living de tu casa caerá una bomba atómica si llegas a echarte Lenguaje o Matemática o Comprensión del Medio, y ya nada volverá a ser como antes.



Él dice que Hiroshima demoró cuarenta años en levantarse y aun así muchos de sus habitantes siguen recordando el trágico día. Si llego a echarme Lenguaje, no quiero imaginar lo que puede pasar. No quiero llegar a los cincuenta teniendo pesadillas con Sempiterno Muñoz.

#### MARTES

Luisito Cardozo es el mejor jugador de nuestro equipo. Donde agarra una pelota la mete dentro. Nadie duda del futuro que le espera. Si tuviéramos diez como él, estaríamos para jugar la final interplanetaria. Para nuestra desgracia, los dos punteros que lo acompañan exhiben la velocidad de una marmota; y en el fondo no tenemos a otros que a los hermanos Becerra, unas máquinas de hacer fouls; y en el arco, Martínez se queda dormido en la mitad del juego y tiene que darse duchas heladas para reaccionar. Pero con Luisito Cardozo en la cancha, la fe nos sobra. El Vicente me dice que nunca deberíamos despegarnos de él, que debiéramos ser como los mosqueteros, que eran todos para uno y uno para todos...

Él me dice que hay cosas en la vida que se deben hacer así, todos para uno y uno para todos. El matrimonio no, me aclara, porque uno puede contraer la enfermedad de la poligamia, que es pariente de la poliomielitis, y que provoca que los hombres tengan muchas mujeres. Me dice que en Oriente es una epidemia y que hay que tener mucho cuidado para evitar que entre en nuestro país. De hecho hay algo que le preocupa de Luisito Cardozo, algo que puede ser terrible. Resulta que el Vicente ha visto al padre de Luisito besándose no solo con su esposa, una señora muy compuesta, de moño y cejas gruesas. También lo ha visto besándose con la mamá de Pablo Mardones y con la inspectora del patio de media... Me ha dicho que no vaya a ser cosa de que el Luisito Cardozo también tenga la enfermedad y termine por contagiarnos. Si eso llega a pasar, y de la noche a la mañana nosotros empezamos a besarnos con cuanta mujer se nos cruce, si llegáramos a convertirnos en polígamos, me ha hecho jurarle que contaremos todo lo que sabemos y diremos a los cuatro vientos la verdad sobre el papá de Luisito Cardozo, el responsable de la expansión de la poligamia por América del Sur.

### MIÉRCOLES

A propósito de mujeres, el Vicente me dice que en algún momento de la vida tendremos que comenzar a besarnos con ellas, a menos que seamos gay y comencemos a besarnos con otros hombres. Yo le he dicho que por ahora no me apetece ni una cosa ni la otra, pero él se ha puesto un plazo y que de aquí a tres años espera besar a una niña. Le he preguntado si ya sabe a quién. Y él me ha dicho que sí: a Victorita Ferrer, una niña demasiado larga y demasiado flaca. También demasiado rubia, al menos para mí. El Vicente me ha dicho que tiene un plan para que todo salga como él quiere...

Un par de días antes visitará a su abuelo Melquiades que antes de llegar a Chile vivió en Galicia. Una guerra lo trajo hasta acá y desde que puso un pie aquí no ha dejado de pensar en su patria. Al Vicente le gusta eso, almorzar en la casa de su abuelo Melquiades, porque es como estar en otro país, o mejor dicho, como estar en España. El Vicente me dice que allá comen chipirones en vez de calamares, morcillas en vez de prietas, gambas en vez de camarones, y así.

Bueno, volviendo a su plan, la idea es visitar a su abuelo el día en que haga un pulpo a la gallega, comerlo sin hacerle asco, y besar a la elegida, envuelto en esa nube de ajo que al abuelo Melquiades lo acompaña por casi una semana, en el primer recreo del día lunes. Me asegura que es un plan perfecto, y cuando yo le digo que si a Victorita Ferrer no le dará un poco de asco ese olor a ajo, el Vicente me dice que esa es precisamente la idea, que luego de ese beso la Victorita Ferrer no se le vuelva a acercar en la vida, porque le daría vergüenza y porque tampoco quiere andar besuqueándose todos los santos días.

### JUEVES

Ayer hubo un revuelo especial en la escuela. Un ruso atravesó el patio de básica hacia la oficina del señor Malatesta, el director. En realidad, nadie sabe si nació en Rusia, pero el Claudio Meneses dijo haberlo oído saludar en un idioma extraño que a él le pareció que era el ruso, aunque en lenguas él solo sepa decir, y con dificultad, "yes". El asunto es que nadie le dijo que no, porque el hom-



bre tenía el pelo de un rubio casi blanco, y la nariz y los ojos no eran como las narices y los ojos que uno ve todos los días en la calle. Osorio dijo que todos los rusos son crueles y sanguinarios. Y Galdames agregó que los que aparecen en televisión suelen ser fríos, tontos y buenos para tomar vodka. Lo vimos pasar muy temprano a la oficina del señor Malatesta, a la hora en que él acostumbra hacer sus reuniones importantes; los vimos caminar juntos por los pasillos del patio de básica y despedirse con un apretón de manos, lo que era señal evidente de que el señor Malatesta había quedado contento con la conversación. El señor Malatesta, hay que decirlo, es un pequeño dictador, un hombre que hace cuanto se le antoja. La mamá de Osorio dice que es un maleducado, porque pasa sin saludar y se da unos aires que ni el rey de Bélgica, en una frase que hasta ahora no logro entender del todo. Como sea, con Osorio y otros compañeros nos referimos a él como el rey de Bélgica y, luego de tanto decirlo, hemos llegado a creer que los belgas son personas muy parecidas al señor Malatesta, lo que nos ha llevado a creer que Bélgica es un lugar parecido al infierno. El Vicente, que es más agudo que el resto, ha hecho una pregunta luego del recreo largo, que nos ha dejado a todos en estado de shock: "¿Y si el ruso no es ruso sino belga, ah?".

## VIERNES

Sempiterno Muñoz nos ha entregado los resultados de la última prueba de Lenguaje y he podido imaginar a los B-52 sobrevolando el techo de mi casa a punto de descargar media docena de bombas atómicas. Por la noche he soñado con él y lo he visto reírse de mí como nadie lo ha hecho en mi vida, ni en sueños ni en el mundo real. Lo veía arriba de un caballo, con las trenchas largas, casi hasta el suelo, la mueca sanguinaria. En un momento desenvainaba una espada y tras un movimiento en cámara lenta cortaba las cabezas de Pokémon Martínez y de los mellizos Bellolio, cuyos cuerpos, torpes y atolondrados, corrían de un lado para otro buscando sus cabezas recién decapitadas. Luego de eso decía, a escasos centímetros de mi cara: "El próximo serás tú". Y en verdad, ahora que lo recuerdo, las cosas se me han confundido y no sé si esa frase me la dijo en clases, después de entregarme el 2,9, y la repitió más tarde en el sueño, o solo existió en medio de la pesadilla. En el sueño, yo corría y podía sentir, a mis espaldas, cómo la espada cortaba el aire en dos buscando mi cuello...

Me desperté temblando y solo cuando mi mamá encendió la luz y me dijo que todo estaba bien, que me calmara, pude respirar un poco más tranquilo. Como haya sido, sé que la vida se me ha puesto, de la noche a la mañana, cuesta arriba y que probablemente esté arriesgando mi participación en Los Ángeles Rojos. El futuro hoy asoma negro y no sé qué podría ocurrir para cambiar esta situación. Un milagro, un milagro, un milagro...

#### DOMINGO

La última actuación de Los Ángeles Rojos estuvo cerca de ser un desastre mayor: El Colorado Fernández no llegó a dirigirnos y fue Arroyito, el aguatero, quien tuvo que hacerse cargo de dar las órdenes. Hay momentos en que la vida parece derribarse lenta e inexorablemente —esa palabra la aprendí de mi mamá cuando me explicaba cómo un adjetivo podía convertirse en adverbio y, desde entonces, cada vez que puedo la uso— y este parece ser uno de esos momentos. La bomba atómica estalla no solo en el corazón de tu casa, también en el centro de tu estómago y ya no hay mucho que hacer,

salvo evitar que Harry Potter ocupe tus intestinos para cocinarlos con salsa roja el día lunes.

¡Nada sale como lo había pensado!

El Vicente me dice que tal vez me estoy convirtiendo en un adulto porque, según él, los adultos son niños que han renunciado a hacer lo que quieren y por eso tienen que trabajar en vez de ver televisión, y por eso besan a las mujeres en la boca en vez de jugar a la pelota. Y eso me ha dejado preocupado porque yo no tengo ningún interés en dejar de ser niño, por lo menos no todavía.

Más preocupado me he quedado cuando me ha hablado de la ley del empeoramiento inexorable, que no es otra cosa que toda situación complicada tiene un 50 por ciento de posibilidades de ponerse peor. Y me ha contado que hay días en que él ve todo negro y piensa que nada de aquello en lo que cree va a resultar y que entonces, muchas veces, pasa por los espejos y no se ve, y me dice que no hay nada peor que darse cuenta de que no te ves en un espejo. Y yo le he dicho que de acuerdo a la ley del empeoramiento inexorable existe la posibilidad de que sí, de que haya algo peor que eso. Y prefiero no decirle que él es tan bajito, tan bajito, que hay espejos en los que, claro, probablemente no se ve.

A mí me gusta que él sea así de bajito. El fin de



semana sus escasos centímetros nos ayudaron a librarnos de la vergüenza universal en la cancha. Pequeño y escurridizo, el Vicente se metió entre los rivales que le sacaban casi medio metro de ventaja para darle de cabeza y clavarla en un rincón. Lo sacamos en andas. No era para menos. Perdíamos por 2 a 1 contra el colista del torneo y en el minuto final el Vicente se mandó la gracia.

#### MARTES

En algún momento pensé que había sido solo un mal sueño... Pero no. El maldito se llama Leonardo. Mi mamá le dice Leo. Me lo presentó en la tarde, a la hora de la once, y de solo verlo se me quitó el hambre. Se ve que se quiso hacer el simpático, porque me dio la mano y me dijo: "¿Cómo estás, campeón?". Yo no le dije nada, apenas levanté las cejas para no ser maleducado. Mi mamá le hablaba de mí, le contaba que era un buen alumno, a pesar de Lenguaje, y que me gustaba mucho el fútbol. A lo que el maldito Leo dijo: "Somos dos", y me dedicó una sonrisa que de tan blanca casi me deja ciego.

Después de eso, mi mamá me habló a mí de Leo, y me dijo que él trabajaba en una empresa

que hacía edificios, que le gustaba la fotografía y que en sus ratos libres escribía. El maldito Leo le dijo que no era para tanto, que sus escritos eran de un aficionado. Yo no quise decir que lo más probable era que ni de aficionado.

La verdad es que el pan con palta no me lo pude comer, mucho menos los pasteles que él trajo con la clara intención de chantajearme. "Mira, ¡son de panqueque naranja!", dijo mi mamá como sorprendida, aunque lo más seguro es que ella misma le hubiera dicho al Leo ese que yo moría por los pasteles de panqueque naranja. Probé un poco, nada más, ¡y estaban riquísimos! Pero dije que no me sentía bien del estómago y que no tenía apetito.

Leo contó un par de historias sobre un viaje que había hecho a Brasil para conocer las favelas, que son como unas poblaciones gigantes encaramadas en los cerros de Río de Janeiro donde viven miles de brasileños pobres. Parecía una historia entretenida que traté de no oír. Abrí la boca solo para preguntar si había visto los jacarandás y luego para saber qué tan grandes eran. Me dijo que había algunos que eran tan altos como un edificio de veinte pisos. Yo no lo creí, pero no se lo dije. Si le digo maldito es porque durante la once el muy maldito le tocó cinco veces la mano a mi mamá, quien respondió con una sonrisa que la hacía ver como una tonta; yo la quie-

ro, pero la verdad es la verdad; y porque cuando se fue, y luego de decirme "chau, campeón", mi mamá se fue con él hasta la puerta y ahí se dieron un beso en la boca. Supongo que pensaban que yo no estaba mirando o que me había ido a la pieza, porque eso fue lo que dije, "chau, me voy a la pieza", pero me quedé ahí, espiando para ver qué se traía entre manos el maldito Leo... ¡El muy maldito Leo!

#### MIÉRCOLES

El ruso ha vuelto a aparecer, esta vez de la mano de una niña, rubia como él, con los ojos furiosamente azules como él. Cuando la vi me pregunté altiro: ¿Ella también será sanguinaria, cruel, fría, tonta y buena para el vodka como todos los rusos? Se llama Pipina Kusnetzova, tiene la misma edad que el Vicente —da la casualidad de que nació un día después que él— y resulta que no es rusa. Viene de un país que se llama Croacia y que hasta hace un tiempo estuvo en guerra con otro país que se llama Serbia. Por lo que nos explicó la señora Efigenia, ella es hija de refugiados y, como tal, nosotros tenemos que ayudarla. La señora Efigenia nos dijo que recor-

dáramos la canción: "Y verás como quieren en Chile al amigo cuando es forastero". Y que en este caso se aplica una regla de dos, porque Pipina es forastera y refugiada, así es que debíamos quererla el doble. Yo ya veo que algunos se han tomado el asunto en serio, y si de ellos dependiera, la querrían pero hartito hartito, y hasta le darían besos, pero no sé si la Pipina tiene ganas de que la quieran hartito hartito.

En la primera clase dijo que ella nunca había viajado tan lejos de su país, y que se había sorprendido de que acá tuviéramos tantos edificios y varios metros, porque ella no sabía nada de Chile y pensó que acá usábamos flechas y andábamos a pata pelada. Y cuando dijo eso, todos se rieron. A mí me pareció divertida, porque habla raro y a veces dice algunas palabras incomprensibles como que ella no come "vaco". Nos costó media hora entender que "vaco" era vaca y que "colegia" era colegio, y que "bitacleta" era bicicleta.

#### JUEVES

Yo sabía que ella se parecía a alguien. O que me recordaba a alguien. Era una sensación extraña.



Como si la conociera de antes. El Vicente cree que a lo mejor en una vida pasada fuimos marido y mujer. Yo le dije que se dejara de hablar burradas. Y él me aseguró que estaba comprobado que nuestras almas han vivido otras vidas a lo largo de la historia, que su mamá había ido donde una señora experta en estas cosas y que le había dicho que ella, antes de ser la que era, fue una luchadora social en los tiempos de la revolución industrial, y antes fue una poeta maldita, y antes una princesa africana. Así es que si a mí me parecía conocida, tal vez era porque en otra vida sí nos habíamos conocido. Yo le dije que no, que la cosa no iba por ahí. Después de darle muchas vueltas y hacer memoria descubrí a quién me recordaba. Ella es muy parecida a una actriz vieja que se llama Nicole Kidman. Los ojos de Pipina son los ojos de la señora Kidman y al Vicente no le quedó otra que darme la razón cuando buscamos algunas fotos suyas en Internet. Emocionados por el descubrimiento, el Vicente buscó entre las películas de su papá una de la señora Kidman y la fuimos a ver a mi casa. La película era muy buena, tan buena que nos dio un susto tremendo. Se llama *Los otros*, la hizo un chileno de apellido Amenábar, y habla de las almas en pena. Le dije al Vicente que yo no creía en esas cosas, entonces sentimos que una ventana se abrió y salimos arrancando de puro miedo.

Mi mamá luego nos explicaría que había sido el viento.

Pero bueno, lo que quería decir es que Pipina se parece a la señora Kidman en los ojos, y nunca en mi vida había conocido a una niña que tuviera los ojos de una actriz.

#### VIEJES

Ayer supimos que el Colorado Fernández no seguirá a cargo del equipo. ¿Entonces, quién?, nos preguntamos con el Vicente. Y no hemos tenido respuesta. Parece que para el colegio el fútbol no es tan importante como para nosotros. El Vicente me ha dicho que tal vez deberíamos escribir una carta donde contemos al señor Malatesta lo mucho que nos preocupa esta situación. Hemos pues tomado a la obra a eso de las tres de la tarde y vimos lo difícil que es escribir una carta partiendo por el principio. ¿Qué se pone al inicio?: "¿Estimado señor Malatesta?, ¿querido director nuestro?, ¿maldito enemigo del fútbol?, ¿ilustre rey de Bélgica?". Y una vez resuelto eso, ¿cómo seguir?: "¿Le informamos?, ¿le pedimos?, ¿le rogamos?, ¿exigimos?". Nos hemos dado demasiadas vueltas sin llegar a

ningún resultado. Recién entonces advertimos que nunca hemos escrito una carta, y aunque suponemos que debe ser parecido a un correo electrónico, acordamos que mañana iremos personalmente a la oficina del director a plantearle este asunto que para nosotros es de la mayor importancia. El Vicente me ha preguntado si yo imagino al señor Malatesta jugando a la pelota y le he dicho que no, porque, con el tiempo, yo he desarrollado un sexto sentido para descubrir quiénes han jugado a la pelota alguna vez y quiénes no. Es algo que se nota en la forma de caminar y en la manera de reaccionar cuando alguien te llama por tu nombre. No sabría explicarlo demasiado bien, pero el que ha jugado a la pelota tiene una vivacidad innata. Supongamos que se llama Manuel y tú le gritas: "¡Oye, Manuel!". Él se girará de una manera armónica, casi plástica, a pesar de que sea un gordo de ciento cincuenta kilos. El Manuel que nunca ha tocado un balón es probable que gire y se dé con la boca en el suelo, porque es gente torpe, poco avispada. Es cierto que los bailarines de ballet, de seguro, nunca han tocado una pelota, y supongo que también podrán hacer un giro lleno de armonía si alguien los llama por su nombre, pero en la mayoría de los casos ellos son parte de la excepción que confirma la regla, como dijo Aristóteles... ¿o fue Platón?

## SÁBADO

Esé tal Leo parece que no se va cansar de aparecer por acá. El pobre debe ser un poco subnormal porque he hecho todo lo posible para que se dé cuenta de que me cae como una bomba, pero él ni se entera. Hoy me dijo, abrazo mediante, "pucha que me caes bien, chiquillo". Yo no sé qué me molestó más: si el abrazo o que me dijera chiquillo. Seguro que piensa que está haciendo un trabajo de joyería conmigo y que yo me creo cada una de las historias que cuenta, como cuando dijo que le había convertido un gol a Chilavert, que era un arquero de la selección paraguaya. Pero ¿quién se ha creído que soy?, ¿el faraón de los imbéciles?

## DOMINGO

Hay días en que me gustaría que mi papá estuviera conmigo. Hoy fue uno de esos. Y es que aunque a veces me basta con mi mamá, que es muy buena y sabe muchas cosas y se da el tiempo



de jugar o de escucharme, hay algunas cosas en las que el papá resulta irremplazable. Por ejemplo, salir el domingo temprano y meternos a esos lugares que no sé por qué se llaman fuentes de soda. Nunca he entrado a una, pero creo que con mi papá me atrevería y podría pedir, en la barra, una leche con plátano, mientras al fondo suena, en una de esas máquinas que se llaman wurlitzer, una canción de amor de esas bien terribles. El Vicente tiene una teoría sobre los padres, o mejor dicho sobre las conversaciones con los padres. Él dice que con las mamás se conversa con palabras y que con los papás se conversa con silencios. Él me dice que los papás, al menos los que él conoce, son más bien callados. Y que la mayoría de las mamás hablan hasta por los codos. Entonces, el matrimonio viene a ser un equilibrio de palabras y silencios. Una mamá y un papá parlan chines podrían ser un infierno y tal vez por eso los hermanos Bellolio y la Pamela Müller tienen más de un tornillo suelto, el resultado inexorable de los padres parlantes.

Y en ese plan, tal vez mi situación no sea tan mala, porque para padres silenciosos, el mío... Con él las conversaciones es tan llenas de silencio... y, claro, de ausencias.

El Vicente llegó raro hoy día. Se lo notaba en la cara: el ojo le tiritaba. Eso le pasa siempre que se pone nervioso. También se ríe solo y a destiempo. O se demora en entender un chiste y lanza una carcajada cuando todos los demás ya estamos en otra cosa, o bien se le escapa una risita tonta que lo hace aparecer, a vista de los demás, como un ser cercano a la oligofrenia.

El otro día estábamos hablando de la enfermedad que sufre uno de los profesores y el Vicente dele con reírse. Y aunque pidió disculpas, la señorita Arellano lo echó con viento fresco de la clase, no sin antes decir que hay días en que el Vicente es un monumento a la estulticia. Nunca entendimos bien qué quería decir con eso, aunque nos dio la impresión de que no podía ser nada bueno.

Hoy día le tiritaba el ojo y se reía como un infrahumano. Y cuando le pregunté a qué se debía, me dijo que el plan comenzaba en el primer recreo. "Qué plan", le pregunté. "El abordaje a Victorita Ferrer. No quiero esperar tres años antes de dar mi primer beso", me respondió. Él dice que se va a estresar si lo hace y que prefiere acabar con esto de

una vez. Yo no supe si alegrarme o no porque entiendo que si el Vicente da su primer beso y le gusta, lo más probable es que comience su metamorfosis de niño a adulto. Y aunque no me lo imagino trabajando todo el santo día, tras ese primer ósculo, que es sinónimo de beso —lo sé porque es parte de la materia que me debo aprender para pasar Lenguaje con Sempiterno Muñoz—, su vida puede comenzar a cambiar sin posibilidad de retorno.

El asunto es que en el primer recreo el Vicente se pasó estudiando a su presa, la Victorita, y yo me la pasé observándolo a él, porque quería saber cómo lo hacía. La siguió a distancia, como vigilando sus movimientos, esperando el momento para saltar sobre ella. Los diez minutos se le pasaron volando y no alcanzaron a cruzar palabras. “¿Y?”, le pregunté cuando volvimos a clases. “En el recreo largo salto como Arturo Prat sobre la cubierta del Huáscar”. Yo no le creí mucho, pero cuando sonó el timbre a eso del mediodía, el Vicente, petiso como el que más, avanzó seguro hasta el quiosco y se puso al lado de la Victorita Ferrer que tenía entre sus manos un sánduche de jamón-queso y se preparaba para darle el primer mordisco. La imagen, a la distancia, era entre graciosa y patética: el Vicente le debía llegar hasta los codos, no más. Tuve miedo. Miedo por él y su intento: ¿Cómo lo iba a hacer?, ¿la Victorita se

pondría de rodillas?, ¿el Vicente se iba a subir arriba de un cajón?, ¿se iban a besar en el suelo? Contra todo pronóstico, el Vicente estuvo hablando con la Victorita Ferrer todo el recreo, e incluso ella le convidó un pedazo de su sánduche, lo que era una señal de que las cosas entre ellos podían ir bien. Cuando sonó la campana y volvimos a clases, le pregunté de qué habían hablado y él me respondió: “De gatos y perros”. Y como vio que no entendí su respuesta, me explicó que Victorita Ferrer tiene una gata persa que se llama Musha; y que él tiene un perro, pequeñísimo, que se llama Poco. Y que en eso se la llevaron, hablando de las cosas que le gustaban a Musha y de aquellas que odiaba Poco. “Buen comienzo”, le dije. Y él, canchero, me guiñó un ojo.

#### MARTES

Hoy por la mañana recibimos de parte del rey de Bélgica un mensaje. Todos los alumnos de la selección del colegio, o sea, de Los Ángeles Rojos, debíamos presentarnos diez minutos antes de las doce en el gimnasio. Con el Vicente nos miramos y supimos de inmediato qué era lo que se venía:



había nuevo entrenador. No pudimos concentrarnos pensando en el nombre del elegido. Ninguno de los dos quería a Harry Potter, pero entendimos que los fines de semana los tenía ocupados yendo al matadero a comprar esos intestinos de vaca que nos preparaba el día lunes. La posibilidad de Sempiterno Muñoz también era remota. Nunca en su vida le habíamos oído deslizar el más mínimo comentario futbolístico. En un minuto llegamos a creer que el rey de Bélgica se guardaba entre manos un nombre que iba a sonar como una explosión cuántica. "Estimados alumnos quiero presentarles al nuevo entrenador... El señor Marcelo Bielsa". El Vicente apostaba por Sampaoli, porque había sido campeón de la Sudamericana y porque todos queríamos ser un poco Sampaoli. Y aunque no fue ni uno ni otro, el nombre que el señor Malatesta pronunció nos dejó helados como piedra.

Diez para las doce estábamos todos dentro del gimnasio: Luisito Cardozo, los hermanos Becerra, Martínez, el Colorín Mosso, Urtubía, el Cojo Salinas, Juan José Pinetti, los Troglio, Palermo, el Vicente, los hijos del profesor Morales, Mañungo, el Tata y Domínguez.

El rey de Bélgica, como era su costumbre, nos

dio una lata de diez minutos antes de soltar el nombre del elegido. Nuestros temores fueron en aumento cuando nos pidió apoyo y comprensión hacia el nuevo estratega, ya que suponía que no iba a ser fácil. Nos habló de los inmigrantes, de la importancia decisiva que habían tenido en la formación de nuestra nación y se permitió, incluso, un comentario personal en relación con su familia materna, de apellido Kusanovic, que había llegado desde Yugoslavia sin más armas que sus manos y su inteligencia. Eso al menos fue lo que dijo el rey de Bélgica. Recién entonces desanduvo sus pasos para ir a buscar al nuevo estratega que resultó ser ni más ni menos que Yevgeni Kusnetzova, el padre de Pipina.

En la primera conversación que tuvimos con él nos dimos cuenta de que no iba a ser una tarea fácil, porque si a Pipina se le enredaba la lengua, a su padre las frases le peleaban en la boca y casi nunca salían como debieran salir. "Tengo busto en llegar acá, ñoños. Espero que entendémonos y triunfo tengamos que serría bacán. Todos risa correr, hacer goles, futuro tuyo. De nada", nos dijo antes de despedirse sin palabras.

### MIÉRCOLES

Me moría de ganas de preguntarle a Pipina por su papá. Pero me mordí la lengua. No vaya a ser cosa que ella piense que me estoy acercando por puro interés. Los hermanos Becerra la persiguieron durante todo el recreo para que les dijera algo y, por cansancio, Pipina les contó que su padre había dirigido a un equipo de la segunda división en Croacia, pero que la guerra lo obligó a dejar todo. Después contó un par de cosas de la guerra, pero las dijo en croata y los hermanos Becerra, que son unos brutos ya en español, no entendieron nada. Se ve que es un episodio del que no les gusta hablar. Diría que hasta se puso un poco triste porque en la clase de Matemática no sonrió ni una sola vez. Bueno, tampoco es que el profesor Goloboff sea un payaso. En verdad, tiene menos gracia que un sapo. Pero estoy seguro de que recordar lo que fue su vida en Croacia le debe haber dolido por algún lado. Cuando le quise contar a Vicente todo lo que había pasado no lo encontré. Después de un rato me di cuenta de que estaba en el quiosco, al lado de Victorita Ferrer. Se reían a carcajadas como nunca había visto reír al Vicente. Parece que

habían tomado unas fotos porque se mostraban los celulares, se decían cosas y luego se agarraban el estómago de pura risa. Por un momento pensé que estaba pasando algo terrible y me acordé de lo que nos contó la profesora de Ciencias, que es una fanática de los extraterrestres, y pensé que a mi pobre amigo Vicente lo habían abducido y habían mandado a un doble que era idéntico a él, pero solo por fuera.

Tuve que esperar hasta las dos de la tarde para confirmar que ese Vicente era el mismo Vicente que conocía desde que nos mudamos hasta la Plaza Ñuñoa. Le pregunté si se sentía bien porque lo veía actuar de manera muy extraña con Victorita Ferrer. Y él me dijo que sí, que era el mismo de siempre, que todo lo que había visto era parte de una actuación.

"La vida es un teatro", me dijo y se echó a reír.

### JUEVES

No sé por qué en estos últimos días he pensado tanto en mi papá. Quiero decir que siempre pienso en él, en lo que estará haciendo, en el lugar en que



se encuentra, en si tiene otros hijos o si se acuerda de mí justo en el momento en el que yo estoy pensando en él. Mi mamá me ha contado muy poco. Ella piensa que no vale la pena porque, según mi mamá, él nunca existió. Y más ahora que no deja de pensar en el Leo ese.

No es que haya sido un fantasma. Existió y por eso yo estoy aquí escribiendo esto, pero ha sido un papá ausente. No me gusta preguntarle estas cosas a mi mamá porque pone cara de cansancio y me contesta con monosílabos. A mí me cuesta creer que él no se acuerde de mí o, mejor dicho, que no piense en mí. Porque los hijos son como un apéndice de uno o eso al menos es lo que hemos conversado con el Vicente. Es algo así como un clon. Te meten a una máquina y sacas a un doble tuyo. No exactamente un doble, sino alguien que se te parece mucho. Puede ser en la mirada, en la forma de caminar, en el pelo...

Por ejemplo, Ernestito García de los Reyes tiene el mismo pelo rojo que su papá. Al Vicente se le pegó la cosa social de su padre y sus orejas son igualitas: en punta, como las de un murciélago. El papá de los hermanos Becerra es camionero y tiene unos brazos que parecen dos jamones. Sus hijos salieron idénticos a él, por eso juegan donde juegan y los rivales les tienen un poco de miedo.

Cuando yo me miro al espejo sé que tengo los ojos de mi mamá, y sus pecas en las mejillas son mis pecas en las mejillas. También las margaritas que se me forman en la cara cuando me río. Pero las cejas, el color del pelo, mis manos grandes, los dientes un poco chuecos, yo creo que todo eso es de mi papá. Entonces, lo voy armando de memoria, en el aire, y cuando veo a alguien que tiene las cejas gruesas, y el pelo castaño, y las manos grandes, y los dientes chuecos, pienso si ese señor no será mi papá.

Es raro que lo extrañe si nunca estuvo a mi lado, pero es un poco lo que decía el Bruno el otro día, que él ya tenía nostalgia de los goles que iba a hacer junto a Lio Messi en el Nou Camp.

Es raro, pero lo entiendo.

Yo siento nostalgia de los abrazos que un día me daré con él.

VIERNES

Hoy en la mañana, después de la clase de Educación Física, el profesor Benítez mandó a todos los integrantes de Los Ángeles Rojos al patio tranquilo donde nos esperaba el Mister. El único

que le dice señor Kusnetzova es Luisito Cardozo, porque él sabe hablar tres idiomas, el español, el inglés y el alemán, y se ve que no tiene problemas en pronunciar ese apellido tan impronunciable. El resto le decimos el Míster, a secas.

El Míster es un hombre que piensa mucho, lo sé porque entre las cejas tiene unas arrugas que, según me dijo mi mamá, se forman cuando uno lleva demasiado tiempo pensando una idea. Ojalá que haya pensado bien lo que quiere hacer con nosotros en la cancha porque, así como vamos, de él dependemos para poder salir adelante y no seguir cuesta abajo en la rodada, como dice un tango que canta mi mamá.

Todos le tenemos fe, porque si es extranjero debe saber cosas que nosotros no sabemos. Por lo menos, ha visto equipos que nosotros jamás habíamos escuchado siquiera. De todos los que nombró solo se me quedaron dos: el Dínamo de Zagreb, del que me acuerdo porque mi mamá tiene una bicicleta antigua que usa una luz que funciona gracias a una botellita que se llama así, dínamo; y el Split, del que me acordé porque uno de mis postres preferidos se llama banana split, y tiene dos plátanos pelados, dos bolas de helado de frutilla, una porción de crema y unas rayas de manjar. Creo que sería capaz de vivir comiendo todos los días un banana split,

sería un niño inmensamente feliz, un barril humano enfermo de felicidad. Pero el Míster, claro, no se refería a ese Split, sino a un equipo que jugaba al ataque en el lugar que fuera y que gracias a eso había conseguido ganar campeonatos.

Dijo algo así como que el secreto estaba en no destaparse los pies cuando uno se tapa hasta la barbilla. Pero nadie entendió muy bien qué quería decir, salvo Luisito Cardozo que las hizo de traductor cuando el resto quedábamos con cara de signo de interrogación. "Lo que quiere decir el señor Kusnetzova es que un equipo ofensivo no tiene por qué ser débil defensivamente", explicó Luisito y todos dijimos: "¡Aaaaaaaaah!". Y por primera vez en nuestra existencia vimos sonreír al Míster y nos dimos cuenta de que su dentadura era mitad blanca y mitad de oro, pero ninguno de nosotros se atrevió a preguntar por qué tenía los dientes así.

SÁBADO

Al Vicente le ha parecido sospechoso que la dentadura del Míster esté forrada en oro. A vuelo de pájaro, él calcula que la boca del papá de Pipina podría valer una fortuna y me ha dicho



que de ser él, no andaría tan suelto de cuerpo por la calle. "El día menos pensado vamos a ver al Míster tirado en el suelo con media docena de cacos tratando de arrancarle los dientes a punta de alicate", me ha dicho. La escena no me pareció chistosa porque si volvemos a quedarnos sin entrenador, no sé qué podría ser de nosotros. Y entonces le he enumerado la cantidad de entrenadores que hemos tenido, que no son pocos, ¡veinte en total!, y cada cual más especial.

Chumingo, por ejemplo, era tartamudo y recién lograba armar una frase cuando ya teníamos que salir a jugar el segundo tiempo. Nos citaba dos horas antes de los partidos para poder decirnos cuál era el equipo titular y como había días que jugábamos a las nueve de la mañana, teníamos que llegar a las siete y despertarnos a las seis, ¡un día domingo!

El Chico Palacios era enojón, no podía volar una mosca cuando él hablaba, y como ya estaba medio tatita, escuchaba ruidos donde no los había, y se enrababa y nos decía que él no estaba para aceptar faltas de respeto y que en su tiempo las cosas se hacían de otra manera y nos trataba de pergenios de moledera, que nunca supe qué significaba, pero se ve que no era nada bueno, y más de una vez terminaba sus rabietas dando un

portazo terrorífico y se iba, y nos dejaba solos, callados, hasta que el Tito Becerra estallaba en una carcajada.

Atahualpa Murillo era fanático de los Mayas y quería hacernos jugar según la filosofía del señor de Palenque, y así nomás nos fue.

Y Adolfo Struchermacher pensaba que el fútbol era una guerra y nos trataba como a soldados del regimiento de infantería. Se dieron cuenta de que estaba loco el día que nos mandó a la cancha con cascos en la cabeza.

En un momento me di cuenta de que el Vicente estaba como en la luna. Me miraba, pero era como si no estuviera ahí, en mi pieza. Me quedé callado un rato y él siguió con esa mirada rara que tiene pegada en la cara desde hace unos días. Fue ahí que usé el método de reconocimiento y atención que él mismo ideó. Según el Vicente, en las conversaciones diarias, sobre todo con los adultos, hay un momento en que te dejan de prestar atención y comienzan a pensar en cualquier cosa. Lo que uno debe hacer para saber si eso pasa es decir alguna estupidez mayor para saber si el otro reacciona. Si continúa con la misma cara de idiota, sonriendo cada tanto, es que está en otro planeta y no es necesario que sigas gastando saliva. Entonces le hablé: "Los hijos del Vicente y la Victorita Ferrer van

a tener tres ojos, bigote y espinillas en el poto". Y él ni siquiera reaccionó. Entendí que le pasaba algo grave. Bajé a buscar un vaso de leche con plátano y un queque. Volví y él todavía estaba en ese estado. "¡Vicente, Vicente!", le dije, dos o tres veces, hasta que al final lo tuve que zamarrear. "¿En qué pensabas?", le pregunté. Y él, como si estuviera despertando de un sueño, me aseguró que en nada. Pero después me dijo que se había acordado de algo, agarró unas revistas que había traído, y se fue.

#### DOMINGO

Hoy día sacamos al Luisito Cardozo en andas. El Míster lo puso un poco más adelante de lo habitual y le ordenó que no bajara a quitar pelotas. "Te quedas urriba como un faro. Y metes gol como cabeza enferma", le dijo. Y eso fue lo que hizo Luisito Cardozo. ¡Hizo cinco, incluido uno de chilena! Fue el héroe de la mañana y ni siquiera lo pensamos cuando los hermanos Becerra se lo subieron a los hombros y nosotros los seguimos cantando de puro contentos que estábamos. Yo anduve más o menos nomás. Y por eso terminé sentado en la

banca de suplentes. No es que me quiera justificar, pero la presencia de Pipina me acomplejó. Yo sé que en el futuro, cuando llegue al Barcelona, no podré decir estas cosas, porque entonces seré un profesional y los profesionales tienen que dar espectáculo, no explicaciones. Pero hoy en la mañana recibí una pelota justo en el punto penal. Estaba solo frente al arquero. Solo. Se me ocurrió mirar en ese segundo hacia las tribunas y me encontré con la mirada de la Pipina. Y ahí quedé, congelado, hecho de piedra sin saber muy bien por qué. Así, hasta que un defensa me quitó la pelota sin que yo pudiera hacer algo. Después de esa chambonada me mandé un par más que es mejor no recordar. Cuando terminó el primer tiempo, el Míster me cambió por el Toñito Pérez, que no hizo mucho más, pero cuando menos no se perdió un gol cantado como yo. Al final, estábamos todos tan contentos que al Tito Becerra se le ocurrió preguntarle al Míster por qué tenía los dientes de oro. Él sonrió y sus colmillos brillaron con los rayos del sol que caían. "Favor a dentista loco. Lo salvé de la muerte y me volaron los dientes de una bola. Dolor de un elefante. En agradecimiento, dentista loco forró con oro el boco mío".



#### LUNES

Mi mamá me ha hecho una pregunta extraña. Me ha dicho qué pensaría yo si ella se pusiera a pololear. Por unos segundos me he quedado helado y he visto, en mi mente, al maldito Leo besándola en la mesa del comedor, en la puerta del baño, en el sofá que era de la abuela, en la cama, en la ventana y sobre la alfombra. Horror de horrores. Y luego del espanto, la confusión. Qué puede contestarle uno a su mamá ante esa pregunta. Lo único que se me ocurrió fue responderle con otra pregunta. El Vicente me enseñó eso una vez, que la mejor forma de salir de una pregunta difícil era con otra pregunta, y que si no lograba salir, cuando menos iba a tener más tiempo para pensar la respuesta. Entonces, no hallé nada mejor que decirle: "¿Y qué pensarías tú si yo me pongo a pololear y ando besándome con otra y tomado de la mano por la calle?". Y luego de eso no pude sino felicitarme por tan ocurrente respuesta-pregunta. Lo que no estaba en mis cálculos era lo que me iba a decir mi mamá: "¿En serio? Pues yo estaría feliz de ver que mi niño querido se está convirtiendo en todo un hombre". Pero cómo... ¿Y no era que no nos íbamos a separar nunca? ¿Aca-

so no me había dicho que me quería solo para ella? ¿No era que no podía vivir sin mí? Ahí no supe qué hacer. Traté de buscar otra pregunta para ganar más tiempo, pero no se me ocurrió ninguna. Y lo peor de todo es que comencé a darme cuenta de que mi cara ardía de vergüenza, como si me hubieran pillado haciendo algo malo. Así es que le dije que era mejor que no habláramos de esas cosas, porque eran conversaciones muy largas y yo tenía que estudiar, si no Sempiterno Muñoz me iba a cortar la cabeza si llegaba a echarme Lenguaje y seguro que ella no quería tener un hijo que anduviera por ahí sin la cabeza, decapitado. ¿Cómo iba a presentarme a sus nuevos amigos o a su pololo? "Este es mi hijo. Le falta la cabeza porque repitió Lenguaje, pero en el fondo es un buen cabro, un chiquillo normalito y de buenos pensamientos". Ella se echó a reír y entonces yo subí corriendo hasta mi pieza y de ahí no volví a salir.

#### MARTES

Se suponía que hoy el Vicente iba a llevar a cabo su superplán. O sea, lo inició el fin de semana cuando fue a almorzar a la casa de su abuelo Melquiades. No fue necesario que me lo explicara

porque cuando llegó al colegio y se acercó hasta donde yo estaba esperando que tocaran el timbre para entrar a clases venía envuelto en una burbuja de ajo. "Hola", me dijo y fue como si un dragón vaciara sobre mí su aliento de trescientos años sin lavarse los dientes. Le recordé que hoy era el gran día, el día en que iba a besar a Victorita Ferrer para después no volverla a besar en mucho tiempo más. "Así es", me aseguró él y me hizo un gesto con la mano como diciendo que todo era pan comido. Le pregunté si alguien le había enseñado a dar besos. Y el Vicente me contestó que una vez había oído a su tía Alejandra decirle a su prima que dar besos era lo mismo que comer pasteles, con la diferencia que los dientes no se ocupan. Por unos segundos imaginé a la tía Alejandra sacándose los dientes y dejándolos en un vaso con agua antes de darle un beso al tío Roberto. Y no evité reírme. Se lo comenté al Vicente y él también se rio. Me dijo que en los besos estaba prohibido morder. "¿Y qué pasa con la lengua?", le pregunté. Él tampoco lo tenía demasiado claro, pero como era igual a comer pasteles, los dos llegamos a la conclusión de que después de un beso había que repasar con la lengua los restos que pudieran haber quedado en los labios, como uno hace con la crema pastelera o el azúcar flor cuando come berlines. "¿Y eso es

todo?", le pregunté. "Sí, eso es todo", me contestó. "¿Y las manos, qué haces con las manos?", dije. "Si eres grande, las ocupas para que no se caiga al suelo en caso de que se desmaye. Si eres chico, te las cruzas tras la espalda porque los besos de chicos no provocan desmayos", me respondió.

Luego de esa clase magistral sobre besos infantiles no hallaba las horas de que tocaran el timbre para salir a recreo y ver cómo mi amigo Vicente daba su primer beso. Como era un secreto entre los dos, no se lo contamos a nadie. Y ni siquiera cuando la señorita Arellano me llamó la atención porque apenas me llegaban esas oleadas de olor a ajo que salían de la boca del Vicente a mí me daba una risa nerviosa, ni siquiera en ese momento solté la chaucha. Cuando sonó el timbre, el Vicente salió hecho un torpedo al patio. ¡Ese es mi amigo!, pensé. Pero cuando estuve en el patio, el Vicente no estaba por ninguna parte y la Victorita Ferrer estaba, larga y delgada como un palo de poste, en el quiosco de siempre. Se notaba que buscaba al Vicente porque miraba hacia donde estaban mis compañeros y no podía verlo, y una mueca como de pena le torcía la cara. El Vicente no apareció cuando tocaron el timbre y se acabó el recreo y tampoco estuvo en la clase. Media hora después lo vimos cruzar junto al inspector Olmedo. Iba páli-



do. La señorita Arellano nos dijo que el Vicente se había sentido mal y se había tenido que retirar del colegio. A mí me quedó una duda tremenda. No vaya a ser cosa que...

#### MIÉRCOLES

Hoy día en la tarde lo pasamos bien con mi mamá. ¡Y eso que estábamos estudiando Lengua-je! Sempiterno Muñoz nos ha pedido que llevemos tres palabras que no conozcamos y que nos gusten por alguna razón. No ha sido fácil porque he recorrido el diccionario buscando esas palabras y hay algunas que son bien horribles. Por ejemplo, a quién podría gustarle las palabras tumefacción o paralelepípedo o guirigay. A mí al menos no me gustan y jamás las usaría. Bueno, tampoco sabría cómo. Mi mamá me decía que las palabras a uno deberían gustarle por cómo suenan en la boca y también por lo que significan. A ella hay una palabra que le encanta: esperanza. Le encanta porque es suave y fácil de pronunciar, porque hay un color muy lindo que lleva esa palabra como apellido, verde esperanza, y porque significa algo hermoso: esperar la llegada de tus sueños. Hay otra que

también le gusta mucho: almohada. Le encanta que lleve una hache entremedio, que sea una palabra dulce y que cuando está cansada ella pueda olvidarse de su cansancio poniendo su cabeza sobre una almohada. La vida sin almohadas sería terrible, me dijo y yo le encontré toda la razón. Pero luego de eso tenía que dar con mis tres palabras desconocidas y cautivantes. La primera que elegí fue abrevadero. Me gustaba de solo oírla. Descubrí que las palabras que tienen la b y la r juntas producen en mí algo especial. Y además por lo que significa. Abrevadero es un depósito de agua donde los animales se refrescan. Mi segunda palabra fue merienda, que viene a ser lo mismo que colación. Yo nunca había llamado merienda a la colación, pero desde hoy lo voy a hacer. Y si la merienda es un pan de molde con queso derretido y salame, mucho mejor. La tercera palabra que elegí fue forastero, porque puede ser tan distinta dependiendo de quién sea el forastero. Un forastero puede ser un chileno que anda de viaje en la India, pero también puede ser un indio que anda de paseo por Chile. Puede ser también un abuelo español de nombre Melquiades que se asoma a un balcón en Santiago echando de menos la ciudad en la que nació y vivió hasta los días de la guerra. O también puede ser un extraterrestre que mira extrañado cómo cae la lluvia en

el sur y se pregunta para qué servirán esas cosas que se llaman paraguas. Forastero en todo caso se me ocurrió a última hora. Iba a escribir que la tercera palabra que más me gustaba era Pipina, pero me arrepentí, porque si lo hubiera dicho me habría puesto rojo como un tomate y habría deseado que la tierra me tragara.

#### JUEVES

Anoche tuve un sueño raro. Soñé que estaba en una ciudad que no conocía. Yo paseaba por las calles bien contento. Era un lugar bonito: las casas eran grandes, de piedra; había árboles que nunca antes había visto; la gente paseaba en bicicleta, y los perros de la calle no parecían quiltros. Todo era lindo hasta que me quise devolver y no podía salir de la ciudad. Cuando le preguntaba a la gente cómo se salía de ahí, la gente no me entendía, me miraban con cara de pescado y me hablaban en un idioma que yo tampoco entendía. Fue ahí que el cielo se puso negro y sonaban unas sirenas y el ruido de unos aviones que tiraban bombas. Yo corría en el sueño, igual que toda la gente. Hasta que nos me-

tíamos en una estación de metro que estaba llena. Yo no sabía cómo había llegado hasta ahí ni sabía por qué estaba pasando lo que pasaba, hasta que empecé a escuchar una conversación en la que decían que la guerra había comenzado. No sé cómo escuché eso porque nadie hablaba en español. Miraba a la gente que estaba en la estación de metro y no reconocía ninguna cara. Estaba oscuro, hacía frío y me encontraba solo en medio de ese lote de gente. Hasta que alguien me llamaba por mi nombre. Era Pipina la que, desde el otro lado de la estación, se abría paso entre la gente. Y cuando llegaba a mi lado me abrazaba y me decía que me había estado buscando desde hacía días. Después nos acurrucábamos y nos dormíamos tomados de la mano mientras arriba, en la superficie, las bombas estallaban. Pero yo no tenía miedo. No tenía miedo al lado de Pipina. Se veía que ella tampoco.

#### VIERNES

Estoy seguro de que Sempiterno Muñoz en su otra vida fue un cosaco cruel y sanguinario. Esta tarde, cuando él revisó la tarea de las palabras fa-



voritas, encontró que las mías estaban muy bien, sobre todo la elección de forastero, porque era cierto que tenía la posibilidad de significar tantas cosas y eso a él le gustó, porque él también había sido forastero en Buenos Aires y Nueva York, que es una ciudad donde parece que se dan muchas manzanas. Pero me dijo que si quería aprobar el ramo tenía que esforzarme todavía más, y escribió la palabra más en la pizarra, grande. El Vicente me cuenta que hay quienes piensan que Sempiterno Muñoz gana más plata por dejar a algunos alumnos repitiendo y que yo soy parte de su cuota del año. Diría que esa fue una de las cosas malas del día. La otra fue que cuando conversé con Pipina me puse tan colorado que me dio más vergüenza todavía. No me pasa siempre, pero basta que ella clave sus ojos en los míos para que a mí la sangre se me suba a la cara. Pienso que cuando me mira tan fijo ella podría ver hasta mis sueños, y si se llega a enterar de que el otro día soñé que nos dormíamos juntos, tomados de la mano, no sé qué podría decirme. Lo peor de todo es que no me gusta que me vea así, todo colorado, porque quién sabe qué puede pensar. Cuando siento que comienzo a ponerme rojo simulo ataques de tos y así mi vergüenza parece la agitación de alguien que ha estado cerca de ahogarse. Si no, huyo como

un cobarde diciendo que me siento mal del estómago, aunque en ese caso debería ponerme verde y no rojo. Yo no sé cómo hacen los adultos para no ponerse colorados cuando les gusta alguien. No quiero decir con esto que Pipina me gusta. O sea, me gusta estar al lado de ella en los recreos y sentir ese olor que tiene que es parecido a las mandarinas, y creo que también me gusta soñar con ella.

Es simple: me gusta como amiga.

#### LUNES

Esto podría ser el suceso del año y estoy seguro de que solo ocurrió frente a mis ojos. Bueno, también frente a los ojos de los dos protagonistas, aunque tengo mis dudas porque diría que el Vicente cerró los ojos, así que no vio nada. El asunto ocurrió así. Como necesitaba concentrarme para una prueba de dictado que Sempiterno Muñoz tenía que tomarme, decidí ir a estudiar cerca de donde estaba el viejo museo. Ya no lo abren, pero hasta hace un año era un gusto entrar porque parecía que te transportabas a otro mundo. Apenas abrías la puerta te encontrabas con un león embalsamado que de seguro lo cazaron en África. Era impresio-

nantemente grande, tanto así que ninguno de nosotros, salvo los hermanos Becerra, podía tener la cabeza a la altura del rey de la selva. Nunca pensé que fueran tan grandes, como tampoco jamás pensé que los gorilas tuvieran tanto pelo y tan mal cuidado. Se ve que en África las peluquerías escasean.

El asunto es que estaba yo estudiando palabras raras como "excepción" o "paroxismo" en un pequeño asiento que había debajo de un jacarandá. Me encantan los jacarandás porque tienen esas flores azules y no conozco otros árboles que tengan flores de ese color. También porque es un árbol originario de Brasil y cada vez que veo uno pienso que estoy en esas ciudades que no conozco, pero que imagino como un tremendo carnaval y que tienen nombres como Río de Janeiro o Salvador de Bahía.

Estaba ahí cuando de pronto escuché unos ruidos extraños. Me asusté porque siempre han dicho que de noche penan, así es que me asomé con mucho cuidado y para mi sorpresa estaba el Vicente subido a unas jabas de bebidas con las que quedaba casi a la misma altura que la Victorita Ferrer. Vi cómo se acercaban, el Vicente le tomaba la cara con las dos manos, supongo que para afirmarse y no venirse abajo, porque a ratos me dio la sensación de que las jabas se tambaleaban. Se dieron tres besos, largos. Diría que el Vicente no vio nada

porque en los tres besos cerró los ojos, y la Victorita tampoco, porque cuando juntaban los labios a ella los ojos se le entornaban.

No supe qué hacer.

Al tercer beso salí corriendo y supongo que ellos también porque al poco rato volvían al patio como si nada hubiera pasado; el Vicente por un lado, con los ojos bien abiertos; la Victorita por otro, arreglándose el pelo, con una sonrisa todavía dibujada en la cara.

Cuando entramos a clases le pregunté al Vicente qué se había hecho. Me dijo que nada, que había estado estudiando para el dictado de Sempiterno Muñoz. Y, utilizando su vieja táctica, contrapreguntó rápidamente: "¿Cómo se escribe 'incoherencia'?".

#### MIÉRCOLES

Están pasando cosas raras con el Vicente. Y yo supongo que tienen que ver con esos besos que se dieron con la Victorita Ferrer al lado del museo. Se ve que su plan se vino abajo y que la idea inicial de darle un solo beso para luego olvidarse de ella no va más. Y ahora que cayó enfermo cualquier



explicación se ha postergado. Lo único que espero es que la Victorita Ferrer no tenga el virus del papá de Luisito Cardozo, ese de la poligamia, porque, en una de esas, el Vicente que quería olvidarse de los besos termina agarrando a calugazos a quien se le cruce por delante y eso sí que va a ser complicado. Ya me lo imagino convertido en el besador fugitivo, huyendo del mundo, ocultándose de casa en casa, con el sabor de los besos todavía en su boca, mientras la policía y los pololos y los maridos de las mujeres que besó lo persiguen.

En verdad, no es lo único que me preocupa. Me da un poco de susto que esa enfermedad del Vicente sea algo así como un proceso de muerte. La tía Karina, que cree en las almas y en las vidas pasadas y en las enseñanzas de los astros, dice que cuando uno cumple años tiene unos días de muerte antes de la celebración del cumpleaños para luego renacer. Por eso es que a veces hay gente que se pone de mal humor y parece carne amarga en la víspera de la celebración. Pues claro, se están muriendo. Bueno, tal vez el Vicente está viviendo los últimos días de niño para convertirse en adulto y está tan raro y enfermizo por eso, porque el niño que es se está muriendo. Y entonces, a lo mejor cuando lo vuelva a ver, ya no va a ser el mismo, y hasta barba le sale y se le pone la voz ronca y anuncia que no va a ir

más al colegio porque tiene que ponerse a trabajar, que son las cosas que hacen los adultos, además de besarse con las mujeres adultas...

¡Y eso sí que va a ser terrible! No solo para la Victorita Ferrer, sino también para mí que soy su amigo, porque el Vicente ya no va a tener tiempo para jugar.

Mejor no pensar en estas cosas.



JUEVES

Hoy día le di un muy buen uso a los pasteles que trajo el maldito. Resulta que estuve pensando en el caso del Vicente y tal vez sería bueno que yo hiciera lo mismo. No convertirme en un adulto y ponerme a trabajar, que para eso me quedan muchos años todavía, pero comenzar a prepararme para mi primer beso. Entonces, como no quiero hacer el ridículo y terminar besando la frente de la elegida, ensayé con los pasteles que trajo el muy maldito Leo. Seguí al pie de la letra las instrucciones del Vicente, y sin ocupar los dientes me metí medio pastel entre los labios y fue un desastre. No solo porque el pastel se desarmó entero, sino porque como no pude usar los dientes, porque está

prohibido; quedé con la boca toda manchada. Lo bueno fue que sí pude ejecutar con precisión el paso final y me relamí para comerme los restos que habían quedado sobre los labios y en las comisuras. El segundo intento fue también un desastre, pero ya para el tercero cambié la táctica. Pensé en alguien, pensé en Pipina. Imaginándola a ella, todo resultó mejor. Y aunque creo que todavía no me convierto en un experto, terminé comiéndome tres pasteles de panqueque naranja.

¿Sabrán así los besos de Pipina?

#### VIERNES

Sempiterno Muñoz entregó las pruebas de dictado y todo lo que yo creí haber respondido bien no fue más que una ilusión. No sé cómo no puse una "h" intermedia cuando escribí "aora" ni cómo olvidé las cremillas sobre la "u" al escribir "vergüenza", ni las "zetas" en mi particular "sarpaso". ¿En qué momento decidí apuntar "conexión" en vez de "conexión"? Lo peor de todo es que ya comienzo a sentir el motor de los B-52 sobrevolando mi casa y presiento que en cualquier momento soltarán sus temidas bombas. En verdad, no sé qué pudo pasar.

Cuando mi mamá vio la nota, su primera reacción fue de enojo y me dijo que me fuera olvidando del fútbol, pero cuando le expliqué que yo sabía muy bien cómo se escribía cada una de esas palabras se calmó. Y para que viera que estoy preocupado le dije que a lo mejor yo sufría una de esas amnesias raras que se te meten en la cabeza en los momentos menos oportunos y la cabeza te queda en blanco, igual que una montaña de nieve, justo cuando te preguntan algo sumamente importante como en la prueba de dictado de Sempiterno Muñoz.

#### DOMINGO

Ganamos. Y vaya cómo ganamos, porque al frente teníamos a uno de los candidatos al título. El Míster, en su particular lenguaje, nos agradeció por haber "sacado fuerzas de franqueza", y nadie quiso decirle que eran de flaqueza. Estábamos demasiado felices celebrando. Sobre todo yo. Imaginen que el Míster me felicitó personalmente. "Usted juego bueno. Mejore, así llegará cojo", me dijo. "¿Cojo?". "Sí, cojo. Croacia está cojo de Chile. El Sol está cojo de la Tierra". Desde ahí supe que al menos para el Míster cojo era lo mismo que



lejos. Tenía sus razones para decirlo. Habíamos quedado con un jugador menos porque Moraga, en el intento de detener a uno de los delanteros rivales, lo agarró del pantalón con tanta fuerza que se quedó con él en la mano, mientras el otro seguía corriendo en calzoncillos en lo que fue el momento más divertido del partido. Al final, solo nos defendíamos, hasta que vino un tiro libre y yo subí y metí un cabezazo que nos dio la victoria. A nadie le quise decir que la pelota me había rebotado en la cabeza ni que si salió con tanta fuerza fue porque me tropecé en la pierna de un rival e iba cayendo cuando la pelota me dio en la frente. Lamenté que el Vicente no estuviera porque hubiera sido lindo celebrar mi primer gol de la temporada con él, pero sigue enfermo y no sabemos muy bien cuándo habrá de volver. Lo que sí agradecí fue que entre quienes me felicitaron estaba Pipina, que se acercó una vez que salimos de los camarines y me dio un beso en la mejilla. "Ese gol bien vale un beso", me dijo. Los hermanos Becerra me miraron con cara de odio y no dudaron en burlarse al ver que mi cara se encendía como un semáforo. Me dio lo mismo, porque el beso fue lindo y porque yo había hecho el gol del triunfo.

## MARTES

Si pudiera borrar este día de mi existencia lo haría. Tal vez ni siquiera debería escribir lo que pasó. Pero ya estoy en esto y creo que me haré bien. Lo primero que ocurrió fue que mi mamá me llamó porque quería contarme algo importante. Yo pensé que se había ganado un premio o que había convencido a Sempiterno Muñoz para que no volviera a ponerme una mala nota. Pero apenas empezó a contarme que en la vida de las personas era súper importante la vida en pareja, yo empecé a colocarme colorado de nuevo porque pensé que ella había leído este diario y se había enterado de lo que me pasa con Pipina. El muy tonto le dije: "No, mamá, no es lo que piensas". Ella me miró con cara de no entender y cómo yo no insistí, porque me di cuenta de que había metido las patas hasta más allá del ombligo, me hice el leso y como que aquí no ha pasado nada. Ella siguió entonces con que era importante tener a otro, un compañero. Y si bien yo era su cómplice, el compañero de la batalla cotidiana, a veces ella necesitaba otro tipo de compañero, alguien de su edad para poder construir otros sueños. Cuando dijo eso yo ya me

di cuenta por dónde iba la mano y, claro, no tuve que esperar mucho hasta que mencionó el nombre del maldito. Debo decir que a mi mamá se le ve contenta y ese tal Leo parece que la hace feliz, pero eso no significa que yo tenga que aceptarlo. Todo ese sermón que me dio mi mamá fue para anunciarme que estaba pololeando con el muy bestia. Lo peor de todo es que el asunto se iba a poner todavía más negro, porque al rato llegó el tal Leo y a mi mamá no se le ocurrió nada mejor que dejarnos un momento, con el pretexto de que tenía que salir a comprar algo y que no me podía quedar solo. El tal Leo trató de ganarse mi amistad por todos lados y como yo no le compré ninguno de sus cuentos, al final quiso jugarse una fija. Vio que había una pequeña pelota y me dijo que por qué no le enseñaba lo que era capaz de hacer. A la primera me di cuenta de que el tal Leo era un invento. Le tiré un pase rasante y él estuvo cerca de irse al suelo cuando trató de devolverla. "Estoy fuera de práctica", me dijo. Y estuve a punto de creerle, porque el tal Leo tiene porte de centrodelantero y se ve que se preocupa por su físico, pero cuando me devolvió la pelota con un puntete bien ordinario, me quedó claro que era un bluff. Al segundo puntete decidí ponerlo en su lugar y le devolví la pelota con todo. Fue tanto que comenzó a elevarse y el tal Leo no alcanzó a

reaccionar. Le pelota le dio en la cabeza y no solo lo dejó en el suelo sino que se fue a estrellar contra una ventana y la hizo añicos. Yo quedé en estado de shock y cuando vi que mi mamá regresaba y ponía cara de espanto, solo atiné a huir a mi pieza para esconderme. Lo peor de todo no fue que me hayan retado, sino que el tal Leo terminó en calidad de víctima y de buenito, porque le pidió a mi mamá que no me castigara y gracias a eso no me castigó.

#### JUEVES

Tifus. Eso es lo que tiene en carna al Vicente y lo mantendrá unos días más sin venir a clases. No fueron los besos de Victorita Ferrer los que lo enfermaron sino una lechuga mal lavada o una mayonesa casera defectuosa. No se va a morir, por suerte, y se lo agradezco porque a esta edad uno no está para ir a los funerales de los amigos. Si ni siquiera tengo un traje negro, salvo una camiseta de Nueva Chicago, regalo de mi mamá en un viaje de trabajo que le tocó hacer a Buenos Aires.

Esto de las enfermedades es cosa complicada. En el colegio se cuenta cada historia. Arturito Flandes era un chico que siempre tuvo problemas



con los intestinos. No con los de vaca sino con los propios. Un día dejó de venir al colegio por un problema estomacal que se llama algo así como entretenimiento y que consiste en que por más que vas al baño no haces ni bolitas de conejo. Te trancas y no hay nada ni nadie que pueda abrir esa puerta. La historia oficial dice que Arturito Flandes se mudó de ciudad porque a su papá lo trasladaron de trabajo y no le quedó otra. La historia no oficial, en cambio, asegura que no hubo doctor ni remedio que pudiera librar a Arturito Flandes de su padecimiento y que al cabo de 45 días estalló como un globo dejando la sala del hospital en la que estaba con un aspecto lamentable.

Es curioso que las enfermedades de los intestinos sean enfermedades graciosas. Porque así como a Arturito Flandes le dio entretenimiento, a la Angelita Viñes le diagnosticaron diverticulitis, y aunque ella nunca nos quiso contar de qué se trataba su enfermedad, el Vicente aseguraba que no era tan grave tener el culito divertido.

Grave y horrible es la lombriz solitaria, que debe ser parecido a tener un hijo sin que uno sepa que tiene un hijo. Bueno, no es un hijo exactamente, sino una culebra que hace su nido en tu estómago y que puede llegar a medir cinco metros de largo. El Vicente me contó la historia de un niño que estaba en

la piscina y que el filtro de agua dejó al descubierto la lombriz que él había criado durante no sé cuántos años. Era tan larga que iba y volvía de un lado a otro. Tuvieron que matarla de un balazo.

Hay mañanas en que me miro en el espejo y me asusta pensar que cuando me estoy lavando los dientes la lombriz irrumpirá teñida de pasta reclamando quién sabe qué. Estoy seguro de que si pudiera elegir entre la lombriz y la poligamia, preferiría la poligamia.

#### VIERNES

Hoy leí una poesía en clase. Casi todos, en verdad, leímos una. Fue una tarea que nos pidió Sempiterno Muñoz. Verlo a él declamar unos poemas de Pablo Neruda y otros de Gabriela Mistral fue lo mismo que ver a un tigre fiero convertido en un gatito que juega con una madeja de lana. Cuando lo oía pensé que la poesía era algo realmente importante porque era capaz de convertir a un hombre en otro.

Sempiterno Muñoz dijo que la poesía consistía en hacer hablar al alma, que es el nombre de esa parte de nosotros que queda viva una vez que el cuerpo muere. El alma no se ve, pero gracias a la

poesía puede hablar. Y cuando habla el alma es como si uno quedara desnudo porque el alma no sabe mentir. El problema es cómo hacer hablar al alma si hasta hace poco no sabía que tenía una. Sempiterno Muñoz dijo que había que conectarse a través de las emociones y los sentimientos, que si estábamos tristes podíamos hacer que el alma hablará de su tristeza y si estábamos felices el alma podía hablarnos de la alegría.

¿Y si ese día que yo quiera escribir una poesía el alma prefiere no hablar?

Bueno, se ve que no es tan fácil hacer hablar al alma porque si no el mundo estaría lleno de poetas, y yo creo que hay más ingenieros y periodistas y hasta profesores que poetas. No sé si eso será bueno o malo, pero es así.

Estuve una semana tratando de hacer hablar al alma y estoy seguro de que hablamos distintos idiomas, porque no me salió nada. Recién la noche antes de la entrega me llegó la inspiración y escribí lo que me salió. El poema decía así: De las olas y el viento / de la noche y las mañanas / cruzaste igual que un ángel / volabas como una hada.

Cuando terminé de leerlo, los hermanos Becerra gritaron ¡uuuuuuuuuuu! Y yo no quise mirar hacia donde estaba Pipina porque sabía que mi cara iba a arder en llamas. Si pude escribir esas líneas,

no fue porque mi alma hablara, tuve que pensar en Pipina para que la poesía llegara. Me salió verso sin esfuerzo.

## MARTES

Esta mañana volvió el Vicente. Estaba flaco y dos centímetros más alto. Se ve que no es un mito ese de que uno crece cuando está acostado en cama más de diez días. Lo puse al tanto de todo lo que había pasado, incluido el partido que les ganamos el domingo a los de la Escuela Comercial. Esta vez no marqué goles pero me hicieron un penal que Luisito Cardozo anotó con un tiro cruzado que dejó al arquero sin reacción. De contra, el Vicente me puso al día de lo que le pasaba y hablamos del tema que habíamos postergado: Victorita Ferrer. El Vicente me dijo que ella le gustaba y que el plan inicial para besarla y olvidarla ya no corría. Me dijo que, nada más besarla, había cambiado de idea. "¿Y no será que te ha embrujado, Vicente?", le dije. Los dos habíamos escuchado, de boca de Meneses, varias historias de mujeres que, a través de un conjuro, habían convertido en esclavos a vecinos y amigos que se habían resistido a



sus encantos. El Meneses decía que las mujeres se fumaban a los hombres, que prendían unos puros y decían cosas raras y al día siguiente ese hombre que no le había dado bola llegaba manso y enamorado a sus pies. Claro que nunca nos contó de brujerías que se dieran con un solo beso, pero ahí estaba también el cuento de *La Bella Durmiente*. Si un beso podía acabar con una brujería, también podía convertir en esclavo a Vicente. Él me decía que no, que eso no era posible, porque la mayoría de la gente que hace brujerías tiene la nariz como un garfio y la piel arrugada y son viejas y encorvadas, y nada de eso es Victorita Ferrer. De todas maneras le dije que tenía que irse con cuidado. Pero cuando me contó que había noches en que soñaba con ella y que algunas tardes, cuando estaba sin hacer nada, mirando por la ventana se le aparecía el rostro de Victorita Ferrer, se me heló la espalda: ¡Es lo mismo que me pasa con Pipina! Claro que ni se lo mencioné. El Vicente me dijo que todo eso se siente bien, que se le acelera el corazón cuando la ve y que de todas las mujeres que ha conocido, descontando a su madre, a mi propia madre, Victorita es la más inteligente. Como vi que la cosa iba en serio, le hice la pregunta del millón: "¿No te pensarás casar, cierto?". Me dijo que no porque "¿dónde viviríamos?". "¿Ni tampoco has pensado en ponerte a trabajar?",

insistí. "No, ¿quién querría contratarme?". Ahí respiré un poco más aliviado. Pero cuando me dijo que yo debería hacer lo mismo... "¿Hacer qué?", le dije. "Buscarte una novia, apuesto a que te gusta...". "Pero si nunca he dado un beso". "Pero ¿no has ensayado con los pasteles?". "Sí, y soy un desastre". "Ah, no te preocupes, ya vas a ver". "¿Y cuál es el secreto?". "En mi caso, subirme sobre dos jabas de bebida", me dijo.

#### MIÉRCOLES

El Vicente insiste en que yo debo seguir sus pasos. Lo divertido de esto es que ha hecho una lista de candidatas con las que debería intentar algo y otra que más vale la pena dejarlas pasar. La lista de las que por ningún motivo yo debiera echarles el ojo la encabeza Luisita Guzmán, "porque es tonta como una puerta, está convencida de que el Viejo Pascuero existe". Le siguen Adelita Martínez, "porque es fea como un gato feo, bigotes incluidos"; Pascuala Toromonte, "porque siempre anda en la luna y en cualquier momento se queda por allá"; Toña Tomic, "porque come chicle que pega y despega debajo de su asiento".

En la lista de las candidatas están Renata Lübert, "porque tiene los ojos verdes y el pelo le llega hasta la cintura"; Anamaría Pérez, "porque quiere trabajar en la NASA y es un buen partido"; Rita Subiabre, "porque vacaciona en una casa gigante, con lancha y lago a la puerta"; Carla Bruna, "porque se le hacen dos margaritas en la cara cuando sonrío".

Yo no sé de dónde saca estas cosas el Vicente ni cuál es la idea de que Rita Subiabre sea una de las candidatas si nunca he cruzado una palabra con ella y me lleva dos años de ventaja. Cuando le pregunté por qué en la lista no había ninguna de las compañeras del curso, él me dijo: "¿Qué compañeras? Las compañeras no existen, sería lo mismo que pololear con una hermana... O es que... No... ¿No me vayas a decir que ahora te gusta la Pipina?". Y yo, claro, le dije que no, pero creo que en algún momento voy a tener que decirle la verdad.

#### JUEVES

A mí me gustaría saber algunas cosas de mi padre, pero mi mamá me dice que mejor no pregunte, que cuando esté más grande me va a contar. Se ve que es una historia triste. Pero estoy seguro de que

en algún momento fue linda, y por ahí se echó a perder. Me pregunto si todas las cosas serán así en estas cosas del amor. O sea, que comienzan bien y en un momento se malogran. El Vicente dice que siempre es así, que es una ley de la vida, que nacemos para morir. Sé que la frase no es de él, que muchas de las cosas que dice las saca de un diccionario de citas célebres que su papá tiene en la pequeña biblioteca de la casa, pero lo ha repetido tantas veces que hay días en que creo que él ya piensa así. En todo caso, eso de las frases prestadas le ha traído buena suerte porque una de las cosas que la Victorita Ferrer suele decir de él es que habla lindo y que es inteligente. Y cuando dice eso yo sé que la Victorita Ferrer está pensando en esas frases que el Vicente ha sacado del diccionario de citas. Hay una que es mi favorita, aunque no la entiendo del todo ni tampoco el Vicente. "Un hombre no se baña dos veces en el mismo río", que viene a ser algo así como que hay que ser muy tonto para meter las patas dos veces en el mismo día. Bueno, no sé si es eso exactamente, pero así nos suena esa frase de un filósofo griego que se llama algo así como Errático.

El Bruno, que también estaba la otra tarde cuando el Vicente decía estas cosas, nos contó que los tangueros hablan siempre de eso, de que los amores entre la gente grande siempre terminan mal, y hay



lágrimas y sufrimientos, pero que aun así las letras de los tangos a él le gustan. Por ejemplo esta, que yo anoté porque a mí también me gustó: "Fui como una lluvia de cenizas y fatigas en las horas resignadas de tu vida, gota de vinagre derramada, fatalmente derramada sobre todas tus heridas". La parte que más me gustó fue esa de la gota de vinagre derramada en la herida. ¡Vaya que debe doler!

#### VIERNES

El Leo ha vuelto por la casa y a mí no me gusta nada. Estuve a punto de decirle a mamá, ahí, delante de él, escoge: o él o yo. Pero la escena me pareció un tanto melodramática, digna de esas teleseries venezolanas que les comen el coco a las mujeres y que son responsables de nombres tan absurdos como el del Manteca Rojas, a quien su madre le puso Julio Alberto María, o el del Colorado Miranda, que siempre ha negado que en el registro de bautismo aparece como Luis Ernesto Amador. Pero confieso que imaginé la escena y me puse en todos los escenarios y eso también me acobardó, porque en ese estado de imbecilidad en el que la gente cae cuando se enamora nada podía asegurarme que mamá me eligiera a mí y no al

Leo. Y si así hubiese sido, si hubiera preferido al Leo, ¿qué hacía yo? ¿Irme a vivir debajo de un puente?, ¿lanzarme al río?, ¿convertirme en un vengador de los niños postergados por culpa de un pololo que se cree Messi y que apenas le pega de puntete a la pelota? Lo peor de todo es que el Leo ha ido ganando espacios dentro de la casa. No solo le toma la mano a mi mamá delante de mí, también le da besos en la mejilla y ha tomado por costumbre sentarse en la mecedora que era de la abuela y ahí se pega unas siestas después del almuerzo que son un espanto, porque el muy bruto ronca como un oso cavernario, con la boca abierta y, después de un rato, empieza a babear. ¡Un asco! Yo no sé dónde se le han ido las neuronas a mi mamá, porque ve ese espectáculo y sonríe con cara de tonta. Lo único que falta es que al maldito Leo se le ocurra ir a meterse a la cama cuando yo y mi mamá nos regaloneamos. Ah, no, eso sí que no.

#### DOMINGO

No sé quién lo dijo, pero vaya qué bien sabe el pan con palta después de ganar un domingo. Y más todavía cuando la racha con el Míster no

se corta. Luisito Cardozo volvió a estar inspirado y aunque Martínez se durmió en el arco, y se comió un gol y no pudimos despertarlo y hubo que cambiarlo por Rocá que ataja menos que un fantasma, ganamos por dos goles. "Yo contento con callampa de ustedes. Hoy una máquina aceitada ustedes. Me gustaría celebrar contigo hasta las lágrimas. Buen juego, confianza en sus miedos, ataque hasta el concho. Si hay Dios, el cielo ya tuyo y mío. Sabor del triunfo rico. Mejor mañana. Somos mayores y de infinito lucho", nos dijo el Míster cuando celebrábamos el triunfo en el camarín. Lo hemos aprendido a querer, y aunque le entendemos la mitad de las cosas, hay algo que nos gusta de él porque es un poco como papá y se preocupa y nos abraza y nos ayuda.

Hay algo que no he pensado y no he querido pensar: ¿Qué pasará si algún día Pipina y yo nos besamos? Ojalá que no se enoje y me deje seguir en el equipo...

Me gusta soñar cosas lindas, y ser campeón con Los Ángeles Rojos es una cosa linda que quiero dedicar a todos los que están conmigo y también a los que no están.

## MARTES

La desgracia ha caído como una bomba atómica. Luisito Cardozo se vino escaleras abajo y se rompió la pierna izquierda, la bendita pierna izquierda, y estamos en la cuerda floja. Justo que estábamos en la recta final y se nos viene una desgracia del tamaño de esta, porque en el equipo no hay nadie que lo pueda reemplazar. Claudio Palermo está gordo como un barril y Juanito tiene las piernas tan cortas que para avanzar diez metros se demora un siglo. Entonces, lo que nos queda es hacer de tripas corazón y encomendarnos a la Virgen de Luján, que según el Bruno fue la que curó a Messi del enanismo. El Vicente me dijo que es en estos momentos donde se prueban los grandes hombres. Yo le he recordado que hombres-hombres todavía no somos. Y él me ha dicho que es ahora cuando nos tenemos que convertir en tales y me ha sacado una frase que dijo no me acuerdo quién: "Los muchachos ganan partidos, pero los campeonatos los ganan los hombres". Yo no he querido entrar a explicarle que una cosa no lleva a la otra. Que si hubiera estado Luisito Cardozo en condiciones, ganábamos el campeonato y seguíamos siendo



niños por varios años más. Pero al Vicente cuando se le mete algo en la cabeza es difícil sacárselo y, probablemente con esa labia sindicalista que ha heredado de su padre, me ha dado un discurso que parecía el Sermón de la montaña, y no salí a prender neumáticos porque tenía que estudiar para la clase de Sempiterno Muñoz. Pero la verdad, luego de que las palabras del Vicente se fueron diluyendo, la realidad de Los Ángeles Rojos sin Luisito Cardozo es lamentable. Nos quedan pocos partidos y por la forma en que sonó esa pierna y por la manera en que Luisito lloró, de aquí a que vuelva a jugar vamos a estar jubilados.

Hay días que no deberían existir, y este es uno de esos días.

#### MIÉRCOLES

En el primer recreo se me acercó Victorita Ferrer sin que me diera cuenta. Llegó con Rita Subiabre, una de las candidatas que el Vicente me apuntó en su lista de posibles pololas. Se ve que no fue un encuentro casual, por mucho que Victorita haya dicho "¡Uy, mira, qué casualidad!". Si incluso la Rita se mostró muy interesada en el fútbol y hasta relató

el último gol de Messi con lujo de detalles, en una maniobra donde vi la mano del Vicente. Yo lo entiendo. No me lo ha dicho, pero creo que a él le encantaría que un día fuéramos a la plaza los cuatro, la Victorita, la Rita, el Vicente y yo a tomar helados. Y darnos diez o veinte vueltas alrededor de la piletta de los enamorados dejando que la tarde pase, sin soltar de la mano a nuestras novias, y hablándonos al oído con ellas, y contando alguna de esas historias que el Vicente dice que son historias que se cuentan para pololear. Y yo le creo eso que dice, que algunas historias son para eso, para contárselas a las pololas, aunque sean mentira.

Por ejemplo, el Vicente me dijo que una historia así es la del rayo verde, que parece que existe de verdad porque el escritor Julio Verne hizo una novela con ese nombre y luego un cineasta francés hizo una película. Pero eso da lo mismo, porque lo importante es la historia en sí que dice que cuando cae el sol y se pierde en el horizonte es posible ver, en condiciones bien especiales que no vienen al caso detallar, un último rayo de color verdoso. La gracia es que si dos personas lo ven a la vez, quedarán unidos por el amor para el resto de sus días.

El Vicente me ha dicho que cuando era un moco-so de seis años vio un rayo verde junto a una compañerita que vivía en Valdivia, pero era tan chico

que ni se le ocurrió pensar que ella podía ser la mujer de su vida. Y bueno, daba igual que lo hubiera pensado porque ni siquiera conocía esta historia. Como sea, esa es una historia que el Vicente considera digna de contársela a una polola. Pero a mí no me interesa contarle esas historias a la Rita Subiabre ni aunque me relatara el gol que Salas le hizo a los ingleses o el gol de Maradona en México 86, que el Bruno tiene grabado. Ella me ha hablado de la casa que tienen sus papás en el sur y de lo lindo que es ver el lago cuando atardece, pero a mí no me gusta: no me gusta que tenga tantos pelos en los brazos ni que un ojo le baile contra su voluntad cuando se ríe (el izquierdo) ni que tenga más años que yo. Me hice el tonto y no se me ocurrió nada mejor que decir que tenía una urgencia en el baño, y cuando ya me estaban pidiendo el teléfono de la casa salí arrancando.

Creo que Napoleón fue el que dijo que quien huye sirve para otra guerra.

#### JUEVES

La ley del empeoramiento inexorable parece estar empeñada en hacerme la vida imposible. Ese tal Leo ha vuelto a la casa y se pasea como

un rey. Se ha apoderado del control remoto de la televisión y ahora besa a mi mamá sin ningún respeto. Incluso delante de mí. Al tercer beso que se dieron, le dije a mi mamá que debíamos hablar seriamente, y cuando quedamos a solas, porque el maldito Leo se fue al supermercado a comprar algo rico para la once, le expliqué de los riesgos que corría por darse tantos besos, ya que la cantidad de microbios que se transferían de boca a boca con el intercambio de saliva podía traer consigo enfermedades impensadas. Y para que me tomara en serio, porque hasta ahí ella me miraba con ternura y con una sonrisa un poco tonta, le inventé el caso de un pueblito africano que había desaparecido cuando decidieron celebrar el Día de los Enamorados. "Murieron de besos", le dije, "cinco mil muertos en un solo día y muchos de los cuerpos estaban tirados en el suelo todavía con las bocas juntas mientras se les arrancaban extraños bichos por entre los labios. No es que esté celoso, pero me preocupo por tu salud, mamá. Si te mueres, ¿quién me va a cuidar?", le dije en un tono melodramático. No sé si me creyó, porque soltó un ¡qué asqueroso! Y luego abrió las ventanas para que el aire circulara, no fuera a ser cosa que entre tanta conversación los microbios salieran volando y nos tomaran por sorpresa. Lo bueno fue que cuando



volvió el tal Leo mi mamá no le dio ni un beso más, y hasta que nos comimos los alfajores no se separó de mi lado, a pesar de que el tal Leo tenía una cara de tres metros. Se la pasó contando historias pero no alcanzó a terminar ninguna porque siempre lo interrumpí, o le tapaba las orejas a mi mamá para que no escuchara porque le decía que era una historia muy terrible. Así estuvimos casi dos horas. Cuando me fui a acostar, el tal Leo me miró con ojos de odio y yo me reí en su cara.

La guerra está declarada.

#### VIERNES

El Vicente me habló de David y Goliat. Está preocupado porque en esta batalla llevo todas las de perder. Me ha dicho que tengo una posibilidad en mil para salir airoso y que, en esa línea, mis posibilidades son las mismas que las de David frente a Goliat, que en una pelea de hace miles de años le metió un hondazo al gigante entre ceja y ceja y lo tumbó. "¡Bingo!", le dije y le conté que días antes estuve a punto de sacar de carrera al Leo ese con un pelotazo que casi le vuela la cabeza.

A pesar de eso, el Vicente me explicó que en estos casos las mamás se ponen un poco dementes, porque el novio de turno les come el coco y se olvidan de todo. No sé de dónde el Vicente saca estas cosas y ni dónde le viene es a sabiduría para hablar, pero debo decir que es inevitable no encontrarle razón, porque a ratos mi mamá se comporta como una candidata al loquero. Hay que tener estómago para estar con ese montón de músculos inservibles que se cree la gran cosa, y en verdad está claro que llegó tarde a la repartición de cerebros. No se lo he dicho así a mi mamá, pero le he insinuado que el bruto ese no está a su altura, que no la merece, que es lo mismo que una yegua finasangre fuera cortejada por un burro... Traté de ser lo más sutil posible, pero creo que no le gustó la comparación. No sé si le pareció peor que lo comparara a él con un burro o que hablara de ella como si fuera una yegua. Pero bueno, de una guerra es difícil salir ileso. Cuando menos un rasguño, una herida, debes aceptar. Y aunque me duela el enojo de mi mamá, todo sea por librarla del infierno.

El Vicente me ha dicho que no me dejará solo en esta batalla, me ha dado un abrazo que a mí me supo al abrazo de un gladiador a otro, poco antes de salir a la arena, y ante tanta confianza, y tanto

cariño, se lo he confesado todo. Que no me interesa Rita Subiabre ni Carla Bruna ni Renata Lübbert. Le he dicho que muero por Pipina Kusnetzova y que sueño con ella, y que cuando la veo siento que camino en las nubes y que la vida tiene otros colores. El Vicente me ha mirado con cara de sicólogo con estudios de posgrado y me ha dicho: "¡Tú sí que estás fregado!". Y luego ha repetido el abrazo y me ha dicho que cuente con él para todo.

Y me he venido a acostar contento porque da gusto tener amigos así.

#### SÁBADO

La Victorita Ferrer dice que sabe de estas cosas y que en los temas de amor a veces hay que dar un empujoncito. Se ha venido a la casa en la tarde junto con el Vicente y la Rita Subiabre. Se ve que el Vicente no abrió la boca y la Rita piensa que tiene alguna posibilidad. La Victorita ha traído un libro de conjuros para ayudarme en la batalla con el Leo. El libro es de una bisabuela suya y, entre recetas de caldos y pasteles, tiene un par de preparaciones para curar el desamor, para los amores imposibles, para alejar a los amores no deseados.

El problema es que no es fácil hacer un conjuro si no sabes de dónde sacar patas de rana o pelo de yegua virgen o pétalos de rosa negra.

La Rita Subiabre dijo que así como el café y el azúcar tienen sucedáneos, ¿por qué no buscarle sucedáneos a los ingredientes del conjuro? Y así fue como el Vicente y la Victorita se demoraron casi dos horas en atrapar a una lagartija para sacarle las patas. El pelo de yegua virgen lo ofreció la Rita que se arrancó uno de su mata de pelo sin darle importancia a la objeción del Vicente, quien preguntó si alguno de nosotros había visto alguna yegua crespa, aludiendo a los rizos que a la Rita le crecen como la mala hierba. Con la rosa negra tuvimos más problemas porque debimos robarnos unas petunias de la casa de la señora Milagros; no serán pétalos negros, pero por lo menos son oscuros.

Hervimos todo eso en una olla y luego lo metimos en un frasco con orificios en la tapa. Victorita Ferrer dijo que los olores son una herramienta muy efectiva para alejar a los amores no deseados y que debía mantener el frasco en la sala una vez que el susodicho metiera sus narices por la casa. Así lo hice...

Cuando a eso de las ocho el tal Leo cruzó la puerta yo me fui a sentar a la mesa llevando mi



frasco. El muy cínico me saludó con su típico, "¡Hola, campeón!" Y cuando me preguntó si eso que tenía en el frasco era un brebaje para matar bestias, yo le dije que no, pero que le había errado por poco. Y cuando insistió en preguntarme qué era, tuve que inventarle que era un experimento para el ramo de Ciencias. Lo más increíble de todo es que a la media hora, el tal Leo se iba de la casa diciendo que no se sentía muy bien.

¡Bingo!

#### DOMINGO

Se nos ha venido la noche. Y parece que va a ser definitiva. El Míster hizo una arenga llena de emoción. "Mochochos, es en las grandes verdades que se ven los grandes hombros. Hay que correr hasta sudar la vaca gorda. No dar pelota por herida y trancar con la trompeta. Quiero abrocharlos al final. Depende de nosotros, querer es beber, y nosotros bebemos mucho. Salgan y demuestren de lo que son capataces. Con la fuerza de todos, le doblaremos la nariz al destino. ¡Vamos a plaaanchar!", dijo y no fue necesario que se diera a

explicar. Aunque no entendimos cada una de sus palabras, sabíamos qué quería decir y, en alguna medida, estuvimos cerca de cumplirlo. Nos faltó solo un tiempo por que en la primera etapa conseguimos un 0-0 que nos permitía seguir respirando. Arriba, fuimos un chiste. Primero, Palermo no llegó a ninguna pelota. Buscó el penal pero se dio más vueltas de lo necesario y le mostraron amarilla: se lanzó a la entrada del área y se fue rodando hasta el banderín del córner. Nadie le creyó. En el segundo tiempo entró Juanito y no vio una. Paticorto y desnutrido, en cada choque terminaba cerca del alambrado. La heroica defensa de los hermanos Becerra cedió al final: nos metieron cuatro, pero doblaron como veinte. Y si seguimos así, no tenemos ninguna opción al título. El Vicente podría jugar un poco más adelante, pero cuando juega arriba le dan crisis de pánico y no chutea al arco. Y yo nunca he sido lo que se dice un goleador. Nos queda apostar a un milagro. Que Luisito Cardozo vuelva en gloria y majestad. Si hasta cojo hace más que Palermo y Juanito juntos. Lo juro que sí. El Míster no dijo una sola palabra. Estaba desconsolado en un rincón.

Yo creo que él también se dio cuenta de que sin Luisito Cardozo no tenemos ninguna posibilidad.

Ya lo tenía decidido. Me había aprendido un poema relindo a instancias del Vicente. Según él, un poema tiene la fuerza de un cañonazo en el corazón de una mujer. "Las pulveriza", me dijo el Vicente. "Ya, pero un poema de quién", le dije. Entonces el Vicente sacó del bolsillo de su pantalón unos papeles arrugados que él mismo había escrito. "¿Para qué están los amigos sino es para ayudar a los amigos?", me preguntó canchero. El Vicente había hecho una selección de poemas de unos libros que tenía su papá y me dijo que podía elegir entre todos ellos.

Partimos con uno de Neruda que, según él, me llevaría al éxito inmediato: "¿Cómo sabría amarte, mujer cómo sabría / amarte, amarte como nadie supo jamás! / Morir y todavía amarte más. / Y todavía amarte más". Si yo creía que necesitaba redoblar esfuerzos, me proponía uno de Rubén Darío: "Yo adoro a una sonámbula con alma de Eloísa, / virgen como la nieve y honda como la mar; / su espíritu es la hostia de mi amorosa misa, / y alzo al son de una dulce lira crepuscular". Pero a mí eso de lira crepuscular no terminaba de convencirme. Por suerte, el Vicente tenía una terce-

ra opción que, además, ofrecía la posibilidad de convertirse en canción si a mitad de camino yo veía que había problemas. Era de Pablo Milanés y decía, en su parte central: "Yo no te pido que me bajes / una estrella azul / solo te pido que mi espacio / llenes con tu luz".

Eso era lo que debía decirle a Pipina.

Había resuelto hacerlo durante el segundo recreo, que siempre era más largo. La idea era que el Vicente me echara una mano y fuera él quien la llevara para el lado del museo donde yo iba a estar meditando como El Pensador. El Vicente me convenció de que eso era lo mejor porque a las chicas como Pipina los intelectuales las mataban y si me veía así, en esa pose tan concentrada, de seguro que iba a sorprenderse. De paso el Vicente le iba a decir que yo acostumbraba a ir a ese lugar a meditar porque era un chico muy maduro.

El plan parecía perfecto, pero no contábamos con un imprevisto. Esta mañana, cuando llegué al colegio me di cuenta de que alguien se me había adelantado. Uno de los hermanos Becerra, el Toño, había llegado con un ramo de flores porque no sé cómo se enteró de que Pipina estaba de cumpleaños. Y estuve todo el día siguiéndola, como si se tratara del delantero del equipo rival al que el Toño Becerra debía marcar. No me dio oportunidad de poder llevar a



cabo mi plan. Mi plan perfecto. A prueba de fallos.

A veces pienso que toda la vida se me viene encima y me aplasta. ¡Ay, Dios!

#### MARTES

No estoy de humor para escribir. Pipina y Toño Becerra parecen cada vez más amigos y a mí se me acaban los minutos. Además, tengo que estudiar para la prueba con Sempiterno Muñoz. Me juego el todo por el todo. Lo único bueno es que el brebaje de la Victorita Ferrer parece estar dando resultado. Le he dicho al Vicente que le pida prestado el libro de los conjuros para hacerle uno a la Pipina, pero luego me he arrepentido de inmediato. Entre tantos flancos abiertos, salir victorioso se me está poniendo cuesta arriba.

#### JUEVES

La vida es como un carrusel que se ha vuelto loco, porque a veces tiene vueltas impensadas. O

a lo mejor es como dice el Vicente, que mientras más tiempo pasa y nos vamos haciendo más grandes, las cosas toman otra dirección, no como antes, cuando éramos niños. No es que haya dejado de serlo, pero hay días en que me sorprende que sea así, como hoy, cuando a eso de las cinco tocaron el timbre de mi casa. Abrí la puerta y del otro lado estaba Pipina. Supongo que habrá pensado que soy un tonto porque nada más verla me pellizqué el brazo tres veces. Y claro, como nada pasó, tuve que responder a su saludo y a sus risitas. Venía para ayudarme porque me había visto preocupado por la prueba con Sempiterno Muñoz, y aunque ella no era un balazo para el español, me dijo que sentía que podía echarme una mano. "¿Cómo?", le dije yo sin salir todavía del estado de shock. Y ahí fue donde me contó que su mamá había sido profesora de español, pero que lamentablemente había muerto poco después de la guerra, antes de que ellos vinieran a Chile. Como no sé qué se dice en esos momentos me quedé un rato callado. Los dos nos quedarnos callados en realidad. Yo tratando de recordar cómo era que se decía cuando uno tiene que dar el pésame. ¿Ayudándote a sentir? ¿Mi más sentido pésame? Al final le dije lo que me salió de adentro: "Lo siento mucho, Pipina". Ella me dio las gracias, pero me dijo que no había problemas. Que

hubo un tiempo en que había llorado hartos, porque a los muertos hay que llorarlos, pero desde que entendió que su mamá seguía con ella, porque volvía con sus recuerdos o en las palabras que ella decía y que ahora decían otras personas, la pena se había ido. "Nadie nace para morir. Si estamos aquí es para acompañarnos incluso después de muertos", me dijo Pipina y yo encontré que, además de linda, era la niña más inteligente del mundo. Me vinieron ganas de llorar, pero me las aguanté. Solo suspiré profundamente. Bueno, tampoco tan profundamente porque según el Vicente uno no puede demostrar demasiada debilidad frente a las chicas que te gustan. "A las niñas no les gustan los flancitos", me dijo un día el Vicente. Pero tampoco los chicos tan duros. Y yo, entre el flancito y el hombre de acero, no he sabido cómo ponerme. Así es que creí que era mejor olvidarme de las palabras del Vicente y escucharla nomás y estar con ella.

Entonces pasó algo mágico porque una de las cosas que tengo que estudiar para Sempiterno Muñoz tiene que ver con cómo se construyen las historias y en la radio, lo juro, en la radio en ese mismo momento alguien cantaba una canción que hablaba de la trama y el desenlace. Y ella entonces comenzó a explicarme las partes que tenía una historia y me habló precisamente de la trama y el

desenlace. Y me dijo que el desarrollo era la trama y que el desenlace era la forma en que se resolvían las cosas. Y yo le he dicho eso de amar la trama más que el desenlace que se me había quedado de la canción. Y ella me ha respondido que hay historias donde a veces es mejor la trama que el desenlace, pero que no tengo que olvidar que una trama necesitará siempre de un desenlace y que un desenlace necesitará siempre de una trama, que no se pueden dividir, como Romeo y Julieta, eso me ha dicho, que no pueden vivir uno sin el otro.

#### VIERNES

Yo quiero mucho a Pipina y también al Míster, pero creo que se ha vuelto loco. Que yo sepa, en la historia de la liga no hay otro caso igual. Él dijo que había revisado las bases y que todo estaba en regla y que ahora solo bastaba que todos apoyáramos al nuevo integrante. Todos callamos cuando pronunció el nombre del refuerzo... ¡Pipina Kusnetzova! Imagino lo que puede ser el cariño de un padre por su hija y supongo que algo sabrá hacer con la pelota Pipina... Pero ¿qué posibilidad podría tener ella ante el Carnicero Monroy o frente a los hermanos



Matamala, si ya Luisito Cardozo tiene problemas al enfrentarlos?, ¿cómo la vamos a mandar al frente así nomás?, ¿y si le pasa algo?, ¿y si le dan un codazo y le vuelan un diente?, ¿se irá a cambiar con nosotros en el camarín?, ¿después del partido se va a duchar con el resto del equipo?

Insisto que no fue una buena idea, aunque el Vicente me quiere convencer de que hoy en día las mujeres pueden hacer lo mismo que los hombres. "Fíjate que ya son presidentas, jefas del ejército, gerentas de banco, boxean y manejan camiones... Si hasta aparecen en los billetes...", me ha dicho. Y, como siempre, le he encontrado razón, pero me cuesta imaginar a Pipina sola luchando contras esas bestias del Comercial o contra el Pitbull Monardes, que juega con los ojos inyectados y se pone detrás tuyo y te habla puras estupideces para que te desconcentres. ¿Cómo la voy a dejar sola en el área?

Pienso tantas cosas.

Pienso tanto en Pipina.

#### SÁBADO

Nunca había visto al Toño Becerra tan avergonzado. Estaba rojo, de vergüenza y de furia,

porque en el entrenamiento de la tarde, el Mister hizo jugar a Pipina. Le puso la camiseta de Luisito Cardozo, lo que a nosotros, hablo por mí y por el Vicente, nos pareció un flaco favor para ella. Luisito Cardozo es el mejor jugador que hemos tenido en Los Ángeles Rojos y por mucha fe que le haya tenido el Mister a Pipina, era como tirar al agua a un nadador con una piedra amarrada al cuello.

Armó dos equipos. En uno de ellos, Pipina iba al frente; en el otro, el Toño Becerra defendía. El Vicente y yo también jugamos para el equipo del Toño. "Pan comido", dijo el Vicente. Y yo pensé lo mismo, porque uno conoce a su gente y ahí donde nos ponen a los dos, somos una máquina, y el Toño atrás será un bruto, pero un bruto eficiente. Si lo único malo era que en el ataque nuestro estaba Palermo que antes de entrenar ya se había comido dos choripanes con mayonesa y un berlín con crema pastelera. Hay estómagos que más que estómagos son unas fosas, y el de Palermo es uno de esos. Y claro, como no tiene fondo, ni criterio, puede comerse una vaca y después anda a los retortijones, doblándose de dolor o más preocupado por liberar los gases que de correr a un centro al vacío. Y así no se puede. Claro que no se puede.

Partimos bien, moviendo la pelota tranquilamente. El Toño Becerra canchereaba atrás y la ba-

jaba de pecho y salía jugando como un crack. Me atrevería a decir que una sonrisa un poco burlona le adornaba la cara, porque Pipina no se movía mucho y ni siquiera lo atosigaba cuando él la controlaba en el fondo. Pero al primer descuido, cuando el Vicente devolvió una pelota hacia atrás, Pipina puso el pie en el acelerador, pinchó la pelota y le hizo un túnel a Becerra que, al querer cerrar las piernas, se enredó y terminó de poto en el suelo. El resto lo hizo fácil. Cuando el arquero le achicó el ángulo, se la tocó suave por arriba de su cabeza. La Pipina hizo dos goles más. No corrió mucho, pero apenas veía un error del rival, aparecía como una flecha y, como diría el chico Díaz, a cobrar.

Todos terminamos contentos el entrenamiento, menos el Toño Becerra que terminó con las rodillas rotas de tanto irse de bruces cada vez que la Pipina le amagaba.

Nos devolvió la fe.

Ahora sólo depende de nosotros.

#### *DOMINGO en la mañana*

Estoy furioso. No quiero escribir. Odio a mi mamá. Ojalá que el Leo se muera.

#### *DOMINGO en la noche*

No sé quién les enseñó a los adultos eso que ellos llaman prioridades... Nos jugábamos la vida con Los Ángeles Rojos y resulta que yo figuraba en una caleta, que es lo mismo que una playa, pero con botes. A mi mamá se le ocurrió que era una buena idea que los tres pasáramos juntos un fin de semana con vista al mar. Esto de andar de a tres no me hace ni una gracia. Y cuando hablo de tres me refiero, por si quedara alguna duda, a mi mamá, al tal Leo y a mí. La de la idea parece que fue mi mamá. Ella está empeñada en no sé qué cosa con el Leo ese, y si fuimos para allá, a Horcón, fue precisamente porque ahí nació el maldito. Recorrimos las calles. Igual era un pueblo chico, donde con suerte vivían los pescadores. El Leo nos fue contando cosas de la caleta: las calles en las que jugaba, el lugar donde vivían sus amigos, la escuelita en la que estudió. Lo más divertido fue cuando recordó los nombres de los botes: el "Voy y vuelvo", el "No te olvido", la "Sirenita", el "Titanic", el "Arca de los sueños". Cuando le pregunté si él tuvo alguna vez un bote, me dijo que sí. "Bueno, no es que el bote fuera mío. Era de mi papá. Se llamaba 'Arroz con leche',



porque era su postre favorito...". Entonces vi cómo al Leo se le humedecían los ojos. No quiso seguir hablando, pero después mi mamá me contó que un día de lluvia y viento el papá del Leo se hizo a la mar arriba del "Arroz con leche" y no volvió más, él mar se lo tragó como a tantos otros. Debo confesar que me dio una pena grande y que por segundos me compadecí del pobre Leo. Pero eso no significa que haya cambiado lo que pienso de él y que la idea de salir de paseo de a tres me sigue disgustando. Claro, hice un castillo de arena increíble, con la ayuda de mi mamá y el Leo, y me cansé de comer palmeras, que son unas hojarascas con azúcar que vende un señor que gritaba sus productos como si estuviera en la feria. Cuando volvíamos en auto me acordé del partido de Los Ángeles Rojos y entonces volví a arrepentirme de haber ido a Horcón.

#### LUNES

El Vicente me contó que el fin de semana habían ganado a los del Comercial y con eso las posibilidades de campeón siguen vivas. Me dijo que fue un partido apretado, que partieron ganando ellos con un tiro libre del Manolito Barra, que es

uno que juega de ocho y le pega como una mula y colocado. Nada que hacer Martínez, que estuvo más despierto que nunca. Empató Palermo en un córner: saltó a cabecear, el Carnicero Monroy resbaló, y cuando quiso rehacerse se encontró con la humanidad de Palermo que se elevaba por los aires; el arquero se estiró pero no pudo llegar. El 2-1 lo hizo Benavides que metió un puntazo en el área chica y, entremedio de un bosque de piernas, Martínez de nuevo no tuvo mucho que hacer. En el segundo tiempo entró Pipina. El Carnicero Monroy se mató de la risa y le echaba tallas a los hermanos Becerra. A la primera casi sale lesionada, porque Monroy se barrió con ella y por poco la tira contra el alambrado. Ahí se le fue encima el Toño Becerra y el partido estuvo cerca de transformarse en batalla campal. Pero después de eso, en una pelota al vacío, Pipina alcanzó a puntearla mientras el Carnicero se cruzaba como un mercenario. Lo esquivó con un salto y se fue solita a enfrentar al arquero, acomodó el pie y la puso en un rincón bajo. Ya sobre la hora, Pipina agarró una pelota en la mitad de la cancha, vio adelantado al arquero rival, y de ahí mandó un zapatazo que se elevó altísimo y terminó cayendo por detrás del arquero que se encandiló con el sol. El Vicente estaba terminando de contarme el gol del triunfo cuando

apareció Pipina. Yo me puse colorado cuando me dijo que le hubiera gustado verme en la cancha ese día. Luego de eso se fue y yo no suspiré nada más porque tenía al Vicente al lado y él, si algo no tolera, es a los flancitos.

#### MARTES

Hoy me crucé con Sempiterno Muñoz en el patio. Traía una risa malévol. Por unos segundos me pareció verlo con una capucha y cargando sobre su hombro una guadaña o un hacha, ansioso por cortar la cabeza de un niño tierno que no ha tenido la suerte de besar todavía a una niña. La horrible visión me hizo sudar frío y lo peor estaba por venir. Cuando pasó enfrente mío se tropezó y la carpeta que traía derramó al suelo su contenido, varias hojas, entre ellas algunas de las pruebas que días antes había tomado. Lo que vi fueron hilos de tinta roja en forma de cruces que condenaban de seguro al infierno a algunos de los que tomamos su curso de Lenguaje. Alcancé a ver un -1.0 que le puso a la Martita González y un 0 al Toto Navarro. Sempiterno Muñoz adivinó el miedo en mis ojos y levantó lentamente las dos pruebas sangrantes.

"Espero que no digas nada", me dijo con voz amenazadora, y a mí no me quedó más que decirle que sí, convertido en un mar de tartamudeos. Lo vi alejarse seguro de sí mismo y, como una premonición, atisé mi cabeza rodando por la sala de clases, luego de que diera las notas de la prueba final de Lenguaje.

#### MIÉRCOLES

No sabía qué decirle, porque desde hace días que estaba dando vueltas alrededor mío y eso, para ser franco, no me había pasado nunca. Había recreos en los que se me quedaba mirando con cara de cordero hambriento y no era fácil hacerme el leso. Además que la Victorita Ferrer estaba empeñada en que entre los dos pasara algo, porque parece que la Rita es su mejor amiga, y ya se veía, creo yo, caminando de la mano del Vicente, con la Rita y yo siguiéndoles los pasos. Yo sabía que en algún momento esto iba a tener que estallar y que si no estaba preparado hasta podían pillarme volando bajo. Justo después de la salida de clases, la Victorita se las arregló para que nos fuéramos los cuatro a una plaza que hay cerca del colegio, con



el pretexto de que necesitaba la ayuda de todos nosotros para buscar un trébol de cuatro hojas que, según ella, necesita para vivir tranquila y confiada en que la suerte estará de su parte. Imagino que la misma Victorita había aleonado a la Rita Subiabre para que, a la primera de cambio, me llevara para el lado de esos árboles que parecen baobabs y me dijera que quería hacer algo desde hacía tiempo, y que como yo no tomaba la iniciativa, ella la iba a tomar. Eso fue exactamente lo que pasó. Entonces la tuve que parar en seco, porque si le daba el beso quién sabe qué podía pasar. Y tuve que contarle toda la verdad. O casi toda. Preferí no decirle lo que había dicho el Vicente, que era un buen partido porque vacacionaba en una casa con lancha y lago a la puerta. Le dije que quería que siguiéramos siendo amigos, pero que mi corazón ya lo tenía empeñado. A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, pero no lloró, y me dijo que era un chico valiente y sincero. Y me dio un beso en la mejilla. Y luego de eso se fue caminando sola. Cuando la Victorita se dio cuenta de que ella se alejaba, la llamó a los gritos y luego me preguntó qué le había hecho. Le dije que nada, que quería estar sola y ella corrió para alcanzarla. El Vicente me puso una mano en el hombro y me dijo con cara grave: "A veces hay que ser duros con ellas".

## JUEVES

Cuando uno es niño nunca piensa que los otros pueden tener razón y que los malos pueden dejar de ser malos. No es que haya cambiado de idea sobre ese tal Leo, pero ayer cuando vino a la casa a ver a mi mamá, y la abrazó, y se pusieron a ver una película que se llamaba algo así como *Señorita rayo de sol*, que contaba la historia de una familia un poco extraña, con una niña que quería ser reina de belleza, pensé qué pasaría si la vida se pudiera congelar como en una fotografía. Voy a tratar de explicarme. Lo primero es decir que esta es una idea que podría ser clasificada como de ciencia ficción. Por lo mismo, apenas vea al Vicente se la voy a comentar, porque a él le gusta la ciencia ficción. Yo creo que la gente podría tomarse fotografías de los momentos más felices, como ese instante en que mi mamá y el Leo miraban la película, y meterlas a un banco igual que un depósito de dinero, y que en el futuro, cuando estén pasando por malos momentos o sufran una pena, puedan ir al banco a canjear sus foto-bonos y consigan volver en el tiempo a vivir el momento de la fotografía. Bueno, si el invento estuviera funcionando, yo le

hubiera dicho a mi mamá que fuera a depositar al banco ese momento. Por eso, y aunque me dolió un poquito, tuve que sacar el frasquito con patas de lagartijas y petunias, que ya estaba oliendo más o menos mal, y resignarme a que el Leo siga viniendo. Yo también vi la película y debo decir que me reí hartito con la escena final en la que la niña baila de manera muy divertida delante de un montón de señoras pitucas. Y creo que cuando terminó el Leo y yo hicimos chocar nuestras palmas porque lo habíamos pasado bien.

#### MARTES

Estábamos todos nerviosos porque algunos nos jugábamos la vida. Yo ya sabía que había un par que se desangrarían ante la mirada burlona de Sempiterno Muñoz. Algunos decían que él gozaba con esos momentos y que, de seguro, tenía algún pacto maléfico que pagaba con el dolor de sus alumnos. Yo me puse a temblar de puro nervio apenas entró en la sala y dijo eso de "Buenos días, queridos estudiantes". Siempre he creído que los profesores que dejan repitiendo niños deberían autocastigarse, porque si uno no aprendió es por una

culpa compartida: un buen profesor tiene que ser capaz de que hasta los flojos estudien, que hasta los tontos se saquen buenas notas. Y yo diría que Sempiterno Muñoz no siempre podía decir que cumplía con eso. Hubo unos segundos de silencio que disfruté, porque abrió el maletín de cuero de cocodrilo (la leyenda dice que él mismo mató, con sus propias manos, a ese bicho; que con un cuchillo le arrancó la piel y que le pagó a un zapatero para que le hiciera el maletín) y sacó en cámara lenta el fajo de pruebas. Las cruces rojas se adivinaban a la distancia. Todos los que estábamos comprometidos tragamos saliva. Pipina me miró y me hizo un gesto con la mano, como diciendo que ella estaba conmigo. Yo no supe qué responderle, estaba demasiado nervioso. "Voy a entregar las notas. Lamentablemente, no todos pasaron", dijo y la boca se le torció en una mueca de felicidad. Creo que Montecinos dijo "¡ay!", pero lejos de reír, la mayoría se puso pálida. Las notas empezaron en un 5,4 para Montiglio, que era una bala; cinco azules más, entre los que estaba Pipina, y de ahí en adelante un reguero de muertos. Así, hasta que llegaron al 0 de Toto Navarro y al -1.0 de la Martita González. Yo debo haber estado de un color entre verde y morado, y pensaba cómo habría de contárselo a mi mamá. "Mamá, me faltó nota, quedé



debiendo, ahí tienes: un -5,0". Pude advertir cómo gozaba de ese momento Sempiterno Muñoz, sobre todo cuando guardó sus cosas en el maletín e hizo el amago de reiniciar la clase, mientras yo lo miraba con cara de extraterrestre. Hizo como que se acordaba de algo y, con un gesto teatral, abrió de nuevo el maletín y sacó la única prueba que le quedaba, que era la mía. "Por favor", dijo mirándome, "pase adelante". Y yo me levanté del asiento y avancé como el condenado a la guillotina, con los cachetes rojos de vergüenza y de pena, porque sabía lo que venía, y traté de no mirar hacia donde estaba Pipina, porque entendía que le había fallado a ella, porque si quedaba repitiendo quizá ya no la volvería a ver más, porque me tendría que ir del colegio, y ya no podría jugar en Los Ángeles Rojos... "Hay gente que nace floja y muere floja. Y otros que nacen tontos y mueren más tontos", dijo como si estuviera dando el discurso del Premio Nobel. "Y aquí tenemos un caso muy particular que no vio ni una durante el año y que, llegado el instante crucial, me ha decepcionado. Sí, me ha decepcionado profundamente....", dijo y dejó una pausa larga, casi eterna. Yo, como el avestruz, no quería mirar a nadie y si hubiera existido un hoyo metía la cabeza ahí dentro. Bajé la mirada lo más que pude porque sabía que cuando dijera la

nota las lágrimas se me iban a caer con el riesgo de que la sala terminara inundada. "Profundamente, digo, porque yo pensé que este muchachito iba a terminar coronando el año con un desastre mayor y, sin embargo, voy a tener que felicitarlo porque ha rendido la mejor prueba del curso. Aquí tiene su 6,2... Les pido un aplauso para un verdadero caso de resiliencia académica". Todos aplaudieron, aunque nadie tenía idea qué era eso de la resiliencia académica. Supuse que era un elogio y salté de contento, como si me hubiera sacado el Loto. El Vicente corrió hasta donde yo estaba y me abrazó, y tras él llegaron Acevedo, Gutiérrez y el Pájaro Valenzuela. También Pipina que me dio un beso en la mejilla y me dijo: "Yo siempre supe que tú podías".

Hasta ayer no conocía la gloria, hoy ya sé de qué se trata.

JUEVES

He pensado en la posibilidad de dejar de ser niño y no sé si todavía estoy preparado. El Vicente tiene una teoría sobre esto que es apoyada sin reparos por Victorita Ferrer. Él dice que para convertirse en adulto no bastan las ganas ni los

años; tampoco la cuenta de besos que hayas dado (cuenta en la que él me ha sacado una ventaja considerable porque todas las tardes se besuquea como enfermo con la Victorita) ni cuántas horas de trabajo acumules ni el tiempo que lleves sin jugar. "Para convertirte en adulto", dice el Vicente, "tienes que mirarte en el espejo y no reconocer al niño que llevas dentro". Y aunque estoy seguro de que la Victorita Ferrer no entiende demasiado bien qué quiere decir el Vicente con eso, y tal vez ni siquiera él lo tiene del todo claro, ella ha asentido y ha sonreído como diciendo "qué chico más inteligente es el que me agarra a calugazos". A mí me ha quedado dando vueltas esa frase del Vicente y creo que quiere decir algo así como que en un momento de la vida pasas una línea y entras a un territorio del que ya no puedes volver, y nada de lo que hasta entonces te ponía de cabeza consigue dejarte sin aliento. Ya no te interesa Nickelodeon y comienzas a ver los noticiarios; te olvidas de las manzanas confitadas y empiezas a comer lentejas; y ya no subes las escaleras corriendo. A veces trato de imaginar cómo será el futuro y veo al Vicente convertido en presidente de la república. Y lo veo hablando desde el balcón de La Moneda ante una multitud y, desde atrás, veo a la Victorita Ferrer que aparece, larga y flaca como un fideo, agitando

la mano igual que si fuera una modelo, mientras el Vicente hace un discurso encendido, y minutos más tarde, a sus espaldas, aparecen tres niñitos, dos iguales al Vicente y una niñita larga y flaca, como la Victorita. Creo que el país sería un lindo país teniendo al Vicente como presidente. Intento imaginar dónde podría estar yo entonces y no puedo ver otra cosa que una mancha blanca. Tal vez mi destino no está escrito y deba comenzar a escribirlo.

## VIERNES

Hoy día, el Míster nos reunió a todos para hablarnos. Nos sentamos en círculo en la cancha de cemento del patio tranquilo. Había sol y el piso quemaba un poco. Yo creo que a todos nos pasó que cuando lo vimos a él ahí adelante el corazón se nos aceleró. Estamos ansiosos y no hallamos la hora de que llegue el día del partido para ver si somos capaces de celebrar un título. Pensamos que nos iba a dar alguna instrucción táctica, que iba a hablar de cómo debíamos jugar o qué errores no teníamos que cometer. Y sin embargo, el Míster prefirió contarnos una historia, una historia de la



guerra. Era la de un muchacho que no llegaba a los quince años. El frente estaba a varios kilómetros de donde él vivía, pero una vez a la semana recorría esa distancia hasta acercarse al lugar donde las balas cruzaban como una tormenta de golondrinas, así lo dijo el Mister, "como un tormento de bolondrinas". Había días en que el hambre lo doblaba de dolor, pero igual partía y caminaba durante horas quince o veinte kilómetros hasta quedar a pocos metros de la muerte, tan pocos, el Mister dijo "tan cocos", que podía oler su aroma. ¿Por qué hacía eso ese niño si corría el riesgo de que una bala lo matara?, ¿por qué desafiaba a la muerte si en su casa tenía a sus papás enfermos y a dos hermanos más pequeños que pedían un poco de comida? El Mister nos contó que él escuchaba el ruido de las balas y las granadas que explotaban y que esperaba escondido en una trinchera. Que podía oír los gritos de dolor y que cuando llegaba el silencio, después de largos minutos de agonía, él sabía que podía salir. Entonces, buscaba entre los muertos. ¿Qué cosa buscaba? Los zapatos en buen estado. Se los sacaba, los echaba en una bolsa y se los llevaba de vuelta a la ciudad donde los cambiaba por monedas para comprar alimentos para su familia. Todos nos quedamos en silencio. Pipina tenía los ojos llorosos, aunque de seguro

había oído esa historia varias veces. Llegamos a creer que ese muchacho era el propio Mister, pero no dijo nada. Después nos contó que así como ese niño iba al frente y ponía todo de sí para obtener algo que no tenía, en una tarea difícil y arriesgada, así nosotros debíamos salir a la cancha a obtener ese título que tanto queríamos.

Después de unos minutos pensé que eso no solo era una lección para aplicarla en la cancha.

Pensé que eso era una lección de vida.

SÁBADO

Mañana es el partido y estoy muy nervioso. El Vicente me llamó por teléfono y me repitió eso de que los muchachos ganan partidos, pero los hombres ganan campeonatos; y que tenemos que salir a la cancha como hombres. Yo le he preguntado si ha hecho la prueba en el espejo. Y él me dijo que se ha mirado varias veces y sigue viendo al mismo niño. Y que eso puede ser un mal pronóstico. "Lo que tenemos que hacer es jugar como si fuéramos hombres", me dijo y me propuso que nos pintáramos un poco de bigote con un corcho quemado. "O mejor aún, salgamos a la cancha con pintura de

guerra, como si fuéramos comandos". Le dije que era una mala idea porque de seguro esas cosas no le deben traer muy buenos recuerdos al Míster y que la idea era ganar al fútbol con las armas del fútbol y no saliendo a la cancha con metralletas y tanques. Me ha encontrado la razón y me ha dicho una frase que, según él, le decían a los caballeros que debían cruzar grandes extensiones de terreno en el siglo XV: "Que los dioses estén con ustedes". No he querido preguntarle qué dioses, porque hasta donde yo sabía había solo uno, y lo hemos dejado hasta ahí, porque se hacía tarde y la idea es que estemos descansados.

El Leo ese va a pasar a buscarme en su auto a eso de las nueve de la mañana. Bueno, va a pasar a buscarnos, porque mi mamá también va a ir a la cancha. Por un lado, me parece raro ver al Leo acompañándome, después de haberle pegado ese pelotazo que casi le arrancó la cabeza; y después de haberle preparado ese conjuro con patas de lagartija. Imagino que estamos viviendo una especie de tregua, sobre todo después de conocer su historia, que es parecida a la mía, porque él tampoco tuvo a un padre a su lado que lo acompañara... En todo caso, me gusta que vaya porque va a llevar a mi mamá. Anoche, hablamos los tres y él decía que estas cosas no se olvidan, porque él está seguro

de que vamos a salir campeones. A mí me parece que exagera, porque no sabe nada del otro equipo y nunca nos ha visto jugar. Y volvió a contar la vez que le hizo un gol a Chilavert y de lo importante que fue creer en él mismo para clavársela en un rincón, ahí donde las arañas tejen su nido, donde el grandulón no pudo llegar. "Creer en uno mismo, campeón. Creer más que en cualquier otra cosa". Y a mí esa frase se me quedó dando vueltas...

Como sea, va a ser lindo ver a mi mamá en la cancha, aunque sea con el Leo. Si ganamos, quiero abrazarla, y si llegamos a perder, también quiero sentirla cerca.

¿Qué estará pasando por la cabeza de Pipina en este mismo segundo?

Me gusta creer que estamos pensando lo mismo. Que cuando pienso en ella, ella piensa en mí.

¿Pasarán estas cosas?

*DOMINGO en la mañana*

Me desperté recién. En minutos más el Leo nos lleva a la cancha. Me gustaría estar escribiendo que somos campeones. Me gustaría ver la cara de alegría del Vicente y de la Victorita Ferrer, quien



dijo que no se perdía por nada del mundo el partido de hoy. También me gustaría ver cómo celebran Pipina y el Mister. Ahí llegó el Leo, escuché la bocina de su auto. Mamá me llama a los gritos para que baje a tomar desayuno. Trataré de recordar cada cosa, me gustaría poder contar esta historia a mis hijos y a mis nietos el día de mañana.

¿Cuánto tiempo queda para eso?

Demasiado, creo.

#### DOMINGO en la noche

Lo contaré así, porque creo que sale mejor. Y porque estas cosas hay que contarlas en orden porque son muchas y no quiero enredarme. Había mucha gente en la cancha. Estaban la Victorita Ferrer y varias compañeras suyas, entre ellas la Rita Subiabre que había llevado unos plumeros rojos y que, cuando me vio entrar, los sacudió con fuerza y empezó a gritar mi nombre, lo que me dio un poco de vergüenza, pero solo un poco. La saludé a lo lejos y ella me devolvió el saludo con entusiasmo. Todas iban vestidas con la camiseta de Los Ángeles Rojos que no sé dónde la habrán conseguido. Cuando entré al camarín no faltaba

nadie, salvo Pipina que se estaba vistiendo en el baño de mujeres.

El Vicente me dijo que nos enfrentábamos a un momento histórico y, antes de que el Mister hablara, pidió la palabra para leer tres frases que había sacado de una enciclopedia de citas célebres que quería leer antes de salir a la cancha. Esperamos a que llegara Pipina. Cuando apareció fue como ver a un ángel, a un ángel que podía librarnos del infierno. Entonces, el Vicente desenrolló tres papeletos que tenía dentro de las medias y leyó: "Si bien buscas, encontrarás", de Platón; "La batalla más difícil la tengo todos los días conmigo mismo", de Napoleón; y "No se llega a campeón sin dudar", de Epicteto de Frigia.

Luego de eso habló el Mister, breve y claro (bueno, no tan claro): "Mochochos, hay que cruzar el frío para llagar a la otra orilla. El que no se arriesga no cruza. Vamos a volar cojos, hasta el infinito y más allá, porque ustedes son grandes. Piensen en los zapetitos del mochoco de la gorra, piensen todo lo que tuvo que planchar para conseguir su optativo. Quiero decirles que todo dispone de nosotros: querer es beber. Y si nosotros bebemos, seremos capataces de todo y más. ¡A plaaaaaaaaaaaaaanchar!".

Yo sentí que el pecho se me incendiaba. Por mal

que hablara el Míster, la emoción de sus palabras siempre nos llegaba. La adrenalina nos corría por el cuerpo y lo único que deseábamos era que el árbitro hiciera sonar el pito. Antes de que eso pasara, Pipina se me acercó y me dijo que estaba nerviosa, pero que sabía que si nosotros dos poníamos lo mejor de lo nuestro, al final seríamos campeones. Me dijo eso, me dio un beso en la mejilla y me tomó la mano con fuerza. "Juntos podemos", me susurró y eso fue para mí tocar el cielo con la punta de la nariz. Todavía no salía de mi asombro cuando el pitazo inicial sonó y la pelota comenzó a rodar.

Me preocupaban dos cosas: Elizalde y Martínez. Elizalde era el central de ellos. Un gorila de casi dos metros que tenía una cicatriz que le cruzaba la cara. Cuando abría la boca para mostrar sus dientes daba la impresión de estar viendo a un perro asesino: por la fiereza del rostro y porque su dentadura era irregular y filosa. Él estaba sobre la marca de Pipina. El Míster le gritaba que no se quedara al lado de él, que se moviera, porque se ve que le decía cosas, y porque así, moviéndolo, el grandulón podía cansarse. Mi otra preocupación era Martínez, nuestro arquero, que bostezaba mucho, lo que siempre era señal de que podía quedarse dormido. Así nos habían marcado cerca de media docena de goles. Remates de larga distancia

que parecían llegar mansos a las manos de Martínez, pero como este se dormía en cualquier minuto entraban hasta el fondo del arco.

Tal cual, hicimos un primer tiempo correcto, pero ni el Vicente ni yo, ni el flaco Tapia, pudimos meterle una buena pelota ni a Pipina ni a Palermo, que dijo que se había cuidado y que solo había desayunado cinco huevos a la copa. Correcto, salvo por Martínez que se comió dos goles porque se quedó dormido en el arco. El problema de Martínez es que come poco y si no come, no puede rendir. Entonces, en el entretiempo, le dije a Palermo que le convidara algo de comer, porque él siempre andaba con algún engañito. Sacó de su mochila un pan con queso, tocino y carne, que Martínez se lo devoró antes de salir a jugar el segundo tiempo.

La tarea se veía difícil, pero cuando volvimos a la cancha, Pipina me dijo que ahora sí. Y yo le dije que claro, que ahora sí, aunque no sabía muy bien qué podíamos hacer. El Vicente se fue un poco más arriba y Tapia se quedó para evitar cualquier sorpresa. Los hermanos Becerra, en el fondo, comenzaron a presionar con más fuerza y pareció que llegaba nuestra hora. Tuvimos un palo en un tiro libre del Toño Becerra, y a Palermo le rebotó una pelota en la rodilla y casi se cuela dentro del arco.

Yo veía a Victorita Ferrer que alentaba a sus



compañeras con un poco de desesperación porque el tiempo pasaba y no podíamos hacer demasiado. Hasta que a falta de cinco minutos, a Pipina le hicieron una falta penal. Todos saltamos de alegría y el Vicente dijo: "Esta es mía". Yo pensé que ahí comenzaba nuestra redención. El Vicente sabía asumir esas responsabilidades. Se quedó con las manos en jarra y, desde los doce pasos, amagó que le iba a pegar hacia la izquierda, pero le pegó a la derecha. El arquero no se movió, desconcertado... Pero la pelota no entró en el arco, se fue por unos centímetros afuera.

A veces, uno no puede conseguir todos los sueños. Tratamos de levantar al Vicente porque se fue al suelo de rodillas y se tapó la cara con las manos, como queriendo entender lo inentendible o no mirar lo que había hecho. "¡Vamos, vamos!", le dijo Pipina y lo puso de nuevo en la vertical. Pero fue como si nos hubieran desenchufado, porque habíamos apostado a que esa pelota debía entrar.

El gorila Elizalde no dejaba de reírse del Vicente. Le dijo que para la otra lo chuteara con regla. O que si quería le podía correr el arco. Y el Vicente no sabía qué contestar. Entonces le dije que por qué no se metía con uno de su porte y él me dijo que me esperaba ahí, en el área, cuando quisiera. En realidad, yo tampoco era del porte del gorila, pero

tenía tanta rabia que se lo dije nomás. Y cuando tuvimos que tirar lo que debía ser el último córner, me fui donde estaba él. Nos dimos unos empujones, le dije unas cosas, él me dijo otras, y, sin saber cómo, en medio de los forcejeos, una pelota cayó del cielo, le dio en la cabeza al gorila Elizalde y se fue a anidar al fondo del arco. Yo no entendía nada, el gorila menos, pero lo cierto es que todos los muchachos, y también Pipina, corrieron a abrazarme.

A falta de un minuto no era mucho lo que podíamos hacer. O al menos eso creía yo. Hasta que el Pelé Córdova, que era el diez del equipo rival, devolvió una pelota hacia atrás, para hacer tiempo, y no se dio cuenta de que en medio estaba la Pipina. La tomó, la echó a correr, vio venir a Elizalde hecho un bruto, y cuando le cayó encima le pasó la pelota por encima de la cabeza. El arquero de ellos salió a la desesperada, moviendo los brazos como un chimpancé neurótico, pero eso a Pipina no la intimidó. Antes de que pudiera derribarla, remató suave, por bajo, y salió corriendo donde el Míster para celebrar el gol del empate. Nos volvimos locos, la llevamos en andas y casi nos olvidamos de que el partido debía continuar.

De contra, estuvieron a punto de hacernos el 3-2, porque Martínez estaba paveando, y el Pelé



Córdova lo probó desde fuera del área, con tan buena suerte para nosotros que dio en el travesaño y se fue lejos, cerca de donde estaba la Victorita Ferrer, que tomó la pelota con las manos y la devolvió a la cancha con un puntete, mientras gritaba: "¡Ahora sí, Vicente!". Y en ese momento ocurrió algo impensado, porque ya no quedaba nada y el árbitro miraba su reloj...

El asunto es que yo vi cómo el Vicente tomaba la pelota y a medida que avanzaba con ella en los pies era como que iba creciendo, como que se iba convirtiendo en otro, y cuando me dio el pase a mí y siguió corriendo como un endemoniado para que se la devolviera, tuve la sensación de que no era a él al que le entregaba la pelota, sino al mismo Vicente pero quince o veinte años después, y lo vi cómo le echaba el cuerpo al gorila Elizalde y lo sacaba volando y le mandaba un chute increíble al arquero que rompió hasta las redes. Eso fue lo que yo vi, aunque después cuando lo fui a buscar en el abrazo triunfal, porque en esos segundos ganábamos 3-2 y éramos campeones, volvió a ser el mismo Vicente de siempre, el petiso, el que tenía una frase para todo, el que en ese momento me miraba y me decía: "Viste, Tito, son los hombres los que ganan los campeonatos, son los hombres los que los ganan". Y yo lo abracé y todos lo abrazamos

y después de eso el árbitro dio el pitazo final y la fiesta se hizo eterna.

Al menos durante esa mañana, la fiesta nos pareció eterna.

No fue lo único que pasó. Mi mamá corrió hasta donde yo estaba de la mano del Leo. Y los dos me abrazaron con tanta fuerza y cariño que me vinieron unas ganas de llorar tremendas. Y no es que sea un flancito, pero a veces es bueno llorar, llorar de alegría, y abrazar a mi mamá y también al Leo ese que tiene cosas buenas, a pesar de todo.

Pero faltaba lo más importante. Pipina se me acercó con una sonrisa en la cara. "Dame un abrazo", me dijo, y mientras nos abrazábamos me volvió a decir eso de que "juntos podemos". No sé cuánto rato estuvimos así, pegaditos, pero cuando nos separamos me miró a los ojos y me dijo: "Eres lindo, Tito", y me dio un beso en la boca. No alcancé a reaccionar ni a ensayar la técnica del pastel ni a decirle ninguna de las cosas que había practicado para cuando llegara ese momento.

Me quedé como una piedra, como una piedra enamorada, pensando en el sabor de su boca, en lo linda que era, en lo graciosa que se veía haciéndome señas a la distancia, diciéndome que me quería. Quise decirle que yo también la quería, pero las palabras no me salieron.



LUNES

Hoy día me levanté y se me ocurrió algo que no había pensado nunca. Pensé que la vida era como escribir una historia. Una historia de la que uno es autor y protagonista. En la historia que ya viví me pasaron cosas lindas y también cosas tristes. Supongo que en eso consiste la vida: en tratar de que las cosas lindas sean más que las cosas tristes. Le hablé de esto a Pipina cuando fuimos a la plaza a tomar helados. Le conté todo: desde el miedo que le tenía a la oscuridad hasta lo raro que era que tu mamá compartiera tu cariño con un señor que no conoces y que te saluda siempre con un "Hola, campeón". Le dije que todo eso era la historia escrita, y que de aquí en adelante comenzaba a escribir una historia distinta, en la que quería que ella siempre estuviera a mi lado. Ella se sonrió con esos ojos de agua que tiene y me dio un beso con sabor a helado de maracuyá. Y por primera vez imaginé un futuro que no era una mancha blanca. Un futuro lindo en donde no cabían las cosas tristes.

